

PETER KAPRA

¡DOMINACIÓN!

PETER KAPRA

DOMINACIÓN

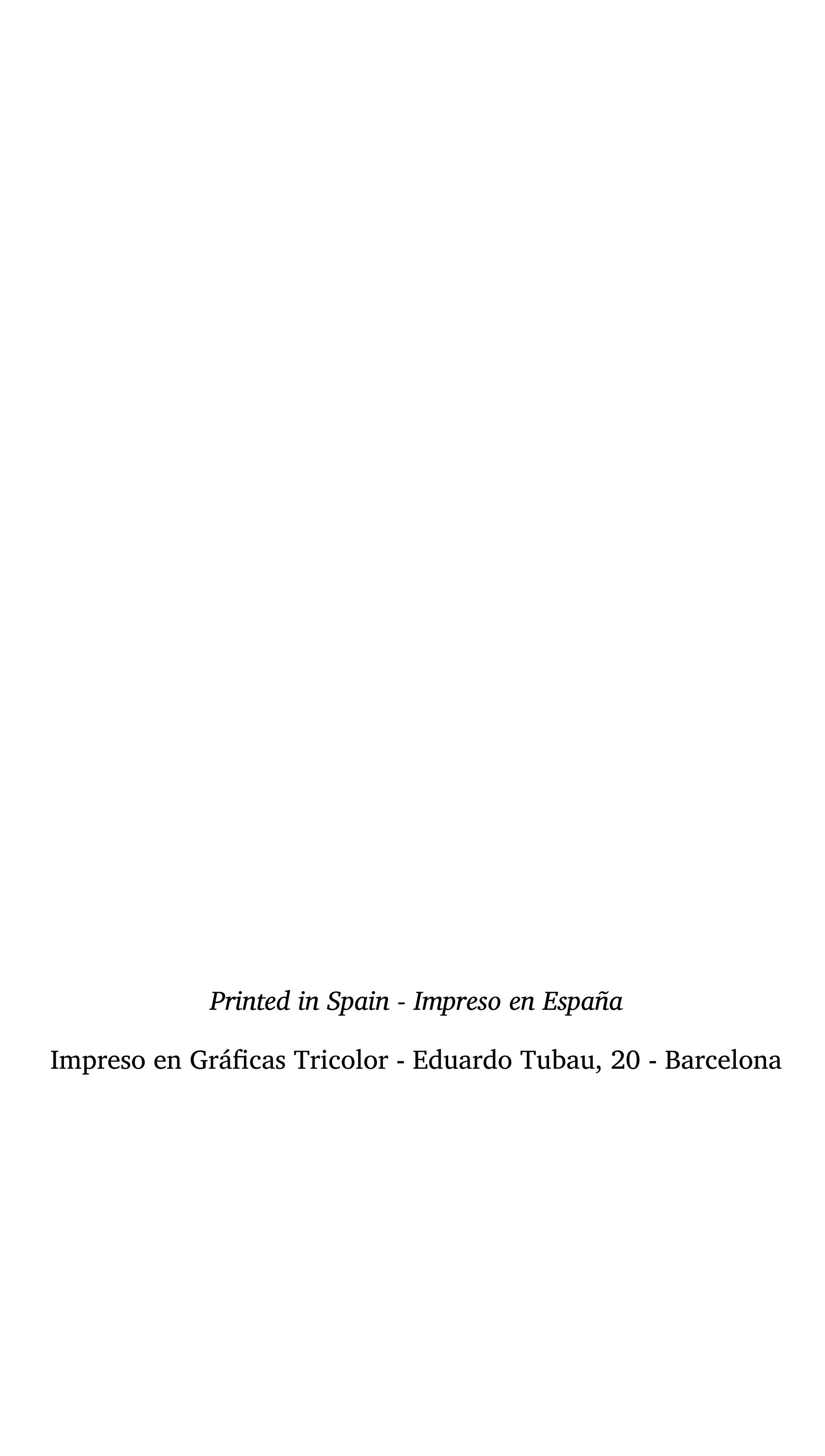
Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53

Barcelona

Dr. Julián, Álvarez, 151

Buenos Aires



Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

HACÍA ya muchos años, ¡cientos de años!, que llegaron los aruras en sus naves blancas y brillantes. Ocuparon los lugares estratégicos, desarmaron y desmovilizaron a los ejércitos y convirtieron en siervos y esclavos a todos los habitantes del planeta llamado Tierra.

Kratos era hijo de esclavos y siervo de un gran señor arura, llamado Behadit-ura.

Kratos fue educado a la usanza de los aruras y hubiese sido, también, un poderoso señor, de no ser por su condición y su estigma: el círculo estrellado con que los señores marcaban a sus siervos, bajo la piel, con iones indelebles.

Sin embargo, Kratos, pese al estigma, gozaba de gran consideración y respeto en la antiquísima ciudad de Keel (antes París). Su señor, el Gran Arura Behadit-ura, nacido de óvulo plateado, había tomado afecto al niño y quiso para él una brillante oratoria, lengua fácil y convincente, expresión, retórica.

En Keel, como en las demás urbes del planeta ocupado por los aruras, el saber hablar correctamente era un don, un privilegio de dioses, más que saber construir una «placa visora», en la que entraban complicados circuitos trivalentes y dimensionales.

(Los aruras habían sido siempre, desde que llegaron a La Tierra, fervientemente religiosos y adoraban a sus antepasados.)

Por esto, Behadit-ura, para demostrar su afecto a su siervo, le envió a una escuela de retórica. Así Behadit-ura también podía presumir de poseer siervos eruditos. Gustaba de sentarse en su mesa

baja, de cristal, entre sus invitados, y hacer venir a Kratos, para que hablase correctamente a todos.

Y Kratos lo había hecho siempre, con agrado y sumisión. Elogiaba las virtudes de su amo, haciendo modélicos panegíricos de él, encumbrándole, tanto en sabiduría como en bondad.

Nadie sabía elogiar con tanta gracia como Kratos. Su dicción era impecable y, no en vano, Behadit-ura se había gastado tantos áureos en educarle.

Fue debido a Kratos, precisamente, que el Alto Consejo Arura decidió nombrar a Behadit-ura Magno Rector de Keel, al fallecimiento del anterior. Estaban seguros de que Kratos iba a aconsejar las palabras que Behadit-ura pronunciaría en sus dictámenes.

Y Behadit-ura fue investido Magno Rector de Keel.

Cuando terminó la suntuosa ceremonia, Behadit-ura se retiró a su santuario para entrevistarse con sus antepasados, los muertos, con los que dialogó humildemente, reverenciándoles y agradeciéndoles las satisfacciones que le habían proporcionado.

Mientras, el elegante, alto, magnífico y erudito Kratos, por confianza de su amo, se ocupaba de los asuntos de gobierno, que no eran pocos en una gran urbe de ciento ochenta y dos millones de seres donde la mayor parte eran esclavos.

Kratos, de pie en el centro de la inmensa sala blanca del Magno Rector, ante las placas visoras de cuarenta secretarios, también siervos; ataviado con su clámide púrpura, perfectamente tundido el cabello oscuro, rasurado, perfumado y magnífico; hablaba en nombre de su amo y señor:

—Sería injusticia y maldad atribular a mi amo con el agobio y el peso de su mandato, teniendo yo juventud, mesura, consideración, criterio, discernimiento y leyes, para librarle de tal carga ímproba, merecida, pero absorbente.

»Por ello, en virtud de la gratitud perenne que le debo, y con pleno consentimiento suyo, aceptado por el Alto Consejo Arura, de Estirpe Noble, Digna y Sabia, asumo la grave responsabilidad de dirigir el destino de este pueblo, guiando con acatamiento y respeto a los grandes señores aruras y con justicia y sabiduría a mis hermanos de clase.

Kratos libraba así a su amo y benefactor del deber de

administrar justicia en Keel, de atender los asuntos de gobierno, dejándole solo como Magno Rector honorífico, para que pudiera dedicarse a sus aficiones favoritas, asistir a fiestas y saraos y presenciar los combates de «xasmaks» en las jaulas de acero de «Umilla», luchas por la vida de esclavos rebeldes, contra fieras o ingenios.

Kratos no podía, ni debía, ocultar su condición de esclavo. Era terrícola y esto le enaltecía.

Pese a su cultura, a su dicción, retórica y enseñanza, el consejero de Behadit-ura jamás renegó de su condición.

Poseía, además, tanta o más grandeza y poder que muchos aruras. Pero esto también se lo debía a su amo, que descendía de una de las más preclaras y dignas familias de Urano.

Existía una gran diferencia entre un terrícola y un arura. Algo así como entre un hombre y un monstruo. Pero el horror que causaron a los terrestres los aruras la primera vez que los vieron, descendiendo de sus naves blancas, cubiertos con escudos y corazas protectoras, moviéndose a impulsos de su fuerte cola, con la que golpeaban el suelo, escamosos, grises, desorejados y de columna vertebral multidental, amén de sus cortas patas y brazos, de manos de garra y palmípedos, ya se había disipado.

Invasores de un mundo que no podía defenderse contra sus armas aniquiladoras y paralizantes, los hijos de Urano se hicieron con el poder. Nadie se les resistió, aunque su desembarco causó millones de víctimas.

Todo aquello era ya historia, datos para la ciencia del recuerdo, informes del ayer.

Y con la dominación, el viejo planeta azul empezó a cambiar de forma. Los técnicos aruras poseían conocimientos insólitos para los técnicos terrícolas, a los que enseñaron sistemas arquitectónicos nuevos, resucitando los enormes palacios para un escaso número de señores, y creando el habitáculo unipersonal o la «celdilla» para los siervos.

El sistema que imperó al principio fue sencillo. A cada señor arura se le asignaron mil siervos, a los cuales podían matar, si se les antojaba. Eran sus amos y los cambiaban, los vendían o los regalaban. De la categoría de un señor arura hablaba el número actual de sus siervos.

Había quienes preferían tener pocos siervos, y bien adiestrados para el trabajo, y los había, como los señores rurales, que preferían tener muchos, aunque fuesen torpes.

Un amo podía educar a sus siervos, o enviarlos a las jaulas de acero de «Umilla», para que sirvieran, con su muerte, de recreo para millones de espectadores que acudían allí a divertirse.

Y un siervo no podía rebelarse jamás contra su amo, bajo penas severísimas.

Pese a todo ello, era la primera vez que un siervo llegaba a ocupar un cargo tan elevado, aunque fuese por consenso y delegación de su amo.

Kratos era un esclavo que estaba por encima de muchos influyentes e importantes aruras. Y esto podía significar, ¡y de hecho lo significaba ya!, un malestar para los altivos dominantes.

* * *

—Tienes muchos amigos, Behadit-ura —había señalado Kratos, con acierto—. Pero el cargo que te ha conferido el Alto Consejo Arura, y no sin merecimiento, te creará envidias y enemigos.

—¡Nadie osará extender un dedo hacia el Magno Rector de Keel, Kratos! —protestó Behadit-ura, indignado—. El Alto Consejo Arura lo castigaría.

—Perdona que te recuerde la blandura con que el Alto Consejo trata a los aruras —insistió Kratos—, mientras que a nosotros nos castiga severamente.

Behadit-ura no podía sonreír, pero sí exteriorizar su regocijo con movimientos oscilantes de cabeza.

—Tú no eres terrícola, Kratos.

—Lo soy. Mírame, Behadit-ura.

—Sí, ya sé. Pareces un terrícola…

—Tengo en mi espalda el círculo estrellado.

—No me martirices, Kratos. La ley me obligó a tatuarte. Pero, ¿no te he dado unas enseñanzas que muchos aruras no poseen?

—Pese a ello, soy un esclavo. E insisto, no debo ser yo quien dirija el consejo del Magno Rector.

—Tú eres más indicado que yo. Más joven, más docto, más sensato y justo. El Alto Consejo me autoriza a delegar en mis amigos de confianza. Yo estoy muy ocupado con mis antepasados.

Soy viejo y debo prepararme para reunirme con ellos. Mi madre me lo decía hace poco. Hay antepasados remotos que apenas conozco. ¿Cómo quieres que conviva con ellos en la Familia Eterna si ni siquiera sé sus nombres? No deberíamos abandonar tanto nuestras sagradas obligaciones.

»A vosotros también os debería preocupar la muerte, Kratos.

—Por favor, Behadit-ura; no te apartes de lo que estamos tratando. Si me encargo de tu Magna Rectoría, incurriré involuntariamente en dolo contra intereses de tus semejantes.

—¡Eso también me pasaría a mí! Yo sé que hay aruras que roban esclavos y los revenden. Sé que hay inmigración clandestina, procedente de otros planetas, porque aquí la existencia es más plácida y benigna, desaviniendo las leyes y mandatos del Alto Consejo. Sé que se mata y se incumplen decretos. ¿Qué quieres que haga si mis amigos me invitan a fiestas?

»No, Kratos. Tú administrarás la ley en Keel y cuando tengas problemas, me consultas. Yo solo estamparé mi sello en tus sentencias y jamás te desautorizaré.

—¿Te das cuenta de la situación en que me colocas, Behadit-ura? —se lamentó Kratos, tristemente—. ¿Y cuando tú mueras, sin hijos? ¿Qué será de mí, y más si me he ganado enemigos por servirte?

—Bagdaman-veg siempre me está rogando que te ceda a él, para que le acompañes. Los grandes señores saben de tu sabiduría. Se pelearán por llevarte a sus palacios. Tú honras mucho una mansión noble, Kratos.

—Bagdaman-veg es un poderoso amo, Behadit-ura. Se dice que llegará a Magno Consejero del Alto Dignatario Atmon-seal. Sé que su riqueza es incalculable, pero tiene muchos hijos a los que otorgar cargos y bienes. Podrá sentirse halagado de tenerme a su lado y no seré carga para él, pero a mí no me placerá servirle después de haberte servido a ti.

—¿Por qué Kratos?

—Porque yo tengo un secreto deseo en el corazón, que guardo desde niño, y que no puedo revelar a nadie más que a ti, Behadit-ura.

—No me habías hablado jamás de ese secreto. ¿Cuál es?

—No debería decírtelo, Behadit-ura. Pero aunque decretes mi

muerte, te debo fidelidad. Escúchame. No quiero ganarme enemigos en la administración de tu justicia, Yo sueño con la libertad.

—¿La libertad? ¡Pero si eres más libre que yo, Kratos!

—Sueño con la libertad de mi raza.

—¿Qué dices?

—Perdón, Behadit-ura. Mi sueño oculto no es traición, ni rebelión, ni infidelidad. Sueño con ir a un lejano mundo, pilotando una gran nave del cosmos y llevando conmigo a un gran grupo de seres de mi raza, para instalarnos allí donde las condiciones de vida sean propicias y nuestros hijos puedan nacer sin el signo de la esclavitud.

—¡Qué deseo más extraño, Kratos! Eso es ridículo. En primer lugar, en todo lo que abarca el Alto Consejo Arura no existe mundo alguno semejante al que tú deseas.

—Viajaríamos mucho más allá de las fronteras del Dominio Arura, Behadit-ura. Iríamos al infinito, a la libertad total. Pero no quiero que te ofendas conmigo. Eso será si tú, al ir a reunirte con tus antepasados en la Familia Eterna, me facilitas los medios para que yo no sea siervo de ningún gran señor.

—Me has dejado preocupado, Kratos. Mucho me gustaría ayudarte. Pero… Eso sería ir contra la ley.

—¿Y qué te importa la ley, cuando estés donde ella no pueda alcanzarte?

Behadit-ura sacudió la cabeza, festivamente.

—Eres increíblemente maravilloso, Kratos. Te admiro más cada día. ¿O sea que deseas mi ayuda para cuando el infringir la ley no represente falta? ¡Es ingenioso! Nadie podrá censurarme nada, ni siquiera mis descendientes, porque no los tengo.

»Según la ley, cuando muere un arura sin descendientes, sus esclavos pasan a pertenecer al Alto Consejo Arura, el cual los distribuye entre grandes señores de altos merecimientos.

—Después de ti no quisiera servir a nadie, Behadit-ura.

—Pues te hago un trato. Acepta dirigir mi Magna Rectoría. Hazlo con fidelidad y acierto y yo no diré nada de tus planes. Construye esa nave que te llevará al mundo de tus sueños. Elige a tus semejantes en secreto, trabaja para tu futuro, mientras me sirves. Y cuando yo muera, huye, Kratos. Vete lejos de la dominación arura y que tus hijos sean libres. Yo, desde el seno de la

Familia Eterna, me reiré de la burla.

»Pero, ¡que nadie se entere! Sería grotesco que el consejero del Magno Rector de Keel fuese descubierto en su elevado cargo, conspirando contra sí mismo.

¡Y Behadit-ura movió repetidas veces la cabeza, regocijado!

* * *

Kratos poseía un despacho inmenso, decorado en oro. Tenía una mesa de veinte metros de larga y un sillón, confortable y corredizo, que a voluntad, podía deslizarse ante la mesa, para estudiar a las personas, aruras y terrícolas, que aparecían en las «placas visoras», reos de culpa, o demandantes de razón y ayuda legal.

Kratos trataba numerosos asuntos legales en nombre de su amo, al que luego, por la noche, brevemente, sometía a consideración los casos más significativos, más para que Behadit-ura pudiera comentarlos en alguna fiesta, con sus amigos, que en espera de acertado consejo.

Allí legislaba mejoras para la urbe, haciendo sanas las celdillas de todos los siervos y mitigando el sufrimiento de muchos esclavos cuyos amos exigían de ellos más de lo que físicamente podían dar de sí. Kratos no podía inmiscuirse en el trato que los señores aruras daban a sus siervos, pero como muchos aruras no actuaban legalmente, presionando con astucia conseguía más que con amenazas.

Un día, noveno de su mandato, a seis tiempos del día, una pantalla se iluminó ante la mesa de trabajo de Kratos. Era una demanda de la Sección de Vigilancia, un tanto insólita, por cierto.

El arura de guardia de la entrada del Magno Rector, Palacio Supremo de Keel, expuso:

—Una mujer esclava desea verte, Kratos.

—¿Verme? ¿Estás loco, Ebdegan-yut? ¡Será su amo el que deseará verme!

—Su amo ha muerto. Ella le quitó el arma que tenía y le destruyó el pecho. Se ha presentado a nosotros, nos ha dado el arma y nos ha pedido verte.

—¡Llevadla a «Urnilla» y que sea ejecutada con declaración de culpa! —exclamó Kratos, furioso—. Ya conoces la ley, Ebdegan-yut. Es inconcebible que una sierva asesine a su amo y señor y tenga la

pretensión de ser recibida por mí. ¿Qué quiere, que la recompense?

—Sí, Kratos. Eso haremos. Pero…

—Pero, ¿qué? —gritó Kratos:

—Se trata de una mujer que, según vuestro concepto de la estética, posee una excepcional belleza, habla con distinción y… Bueno, hay más.

—¿Qué más?

—Yo he creído que sería mejor que te lo dijera ella, Kratos.

—¿Por qué? ¡No me hagas perder tiempo, Ebdegan-yut!

—Ha matado a Bagdaman-veg, que es uno de los aruras más ricos de Keel.

—¡Cielo santo! ¿Cómo ha ocurrido eso?

—Dice que solo te lo contará a ti.

—¿Cómo se llama esa mujer?

—Tera.

* * *

Kratos había conocido a Tera meses atrás, en la mansión azul del opulento Bagdaman-veg, un palacio situado sobre un lago artificial, obra impresionante de los arquitectos particulares del potentado arura.

Kratos fue con su amo, Behadit-ura, a una fiesta dada por Bagdaman-veg. Se le admiraba tanto que el anfitrión le autorizó a sentarse en cuclillas entre ellos, a comer en sus platos y a participar en sus conversaciones.

De la cripta Escolar de Bagdaman-veg, para aquella fiesta, el potentado había sacado veinte esclavas nuevas, que debutaban por vez primera en el opulento mundo del servicio. Habían sido educadas durante dieciocho años para ser sumisas, obedientes y expertas. Sirvientas como las de Bagdaman-veg no existían. Se las elegía de niñas y se las educaba para la misión que habrían de cumplir de mayores.

Eran siervas perfectas, sin duda.

Y entre aquellas radiantes bellezas, cubiertas de velos finos, estaba Tera, la cual se fijó en el único terrícola que había en la fiesta, y Kratos no pudo por menos que fijarse en ella.

Una sierva terrígena jamás podía despertar pasión en un arura. Repulsión natural lo impedía, además que distintos organismos no

podían atraerse.

Empero, Tera no solo gustó a Kratos, sino que atrajo la atención de algunos invitados aruras.

Y un alto señor del campo, cacique rural, de vastas extensiones de tierras frutales, llamado Deomedon-ivi, al ser servido por ella, la agarró de un brazo, preguntándole:

—¿Cómo te llamas, princesa terrícola?

—Tera, mi amo.

—Eres preciosa. Yo no tengo siervas como tú en mi casa. ¿Quieres venirte conmigo al campo?

—Solo puedo ir a donde me mande mi amo.

—Voy a comprarte a Bagdaman-veg, Tera.

Kratos se había de enterar después de esta conversación entre el gran señor del campo y el gran señor de Keel.

Bagdaman-veg rehusó amablemente vender a Tera. Esto molestó a Deomedon-ivi, quien ofreció primero mil áureos, luego diez mil y terminó ofreciendo cien mil, cifra fabulosa y jamás pagada por una sierva.

Al fin, para no ofender a su invitado, Bagdaman-veg, dijo:

—Está bien, amigo Deomedon-ivi. Voy a regalarte a Tera. Pero, dime. ¿Por qué tanto interés por ella?

—Te lo voy a decir, Bagdaman-veg. Deseo aniquilarla, contemplar su cadáver. Extasiarme con su belleza quieta, impávida. Pruébalo, amigo mío.

Kratos intervino en aquel momento, en defensa de Tera. En él se rebeló la dignidad de su raza.

—Perdonadme si me entrometo en esta conversación —dijo—. Os sigo y me asombro. ¿Cómo puedes tú, Deomedon-ivi, encontrar placer en aniquilar a una esclava, tan solo por verla morir?

—¡Ah, Kratos, tú no eres arura para comprender esto! Ese acto me tranquiliza.

—Posiblemente, si los terrícolas hubiesen invadido Urano y vosotros fueseis esclavos nuestros, alguno de los míos, con poder sobre vidas, podría encontrar el mismo placer que tú sientes en enterrar sus manos en tu cuerpo frío, ¿no es así, Deomedon-ivi?

—Eres muy docto, Kratos. Pretendes impresionarme o hacerme pensar con tu mentalidad. No. Serán defectos, pero yo sacio mis apetencias. Me quedo con tu esclava, Bagdaman-veg. Has dicho que

me la regalabas si te decía para qué la quiero.

—He cambiado de opinión —contestó Bagdaman-veg—. Kratos me ha hecho comprender. No te la doy.

—¡Me ofendes si eso haces, Bagdaman-veg! —exclamó Deomedon-ivi.

—Lo siento. Yo no educo a mis siervos durante media vida para que tú, por placer morboso, las aniquiles.

Fue un incidente que enemistó a los dos potentados. Pero no ocurrió nada más. Y Kratos pudo hablar con Tera después, acariciar sus mejillas y decirle que él había mediado para salvarle la vida.

Ella le dio las gracias y se alejó a sus obligaciones, discretamente.

¡Pero ahora, Ebdegan-yut, el jefe de la guardia de la Magna Rectoría de Keel, anunciaba que Tera había asesinado a Bagdaman-veg y que deseaba hablar con él!

—Hazla conducir a mi presencia, Ebdegan-yut.

—Sí, Kratos.

Capítulo II

DOS aruras de la guardia del Palacio Supremo acompañaron a Tera a presencia de Kratos. Aquellos hombres no debían acatamiento ni respeto a un esclavo, pero Kratos representaba allí al Magno Rector.

Tera iba ataviada con ligeras ropas blancas, mostrando sus bonitas piernas y sus torneados brazos, calzada con sandalias de fibras vegetales, y adornada con una diadema de cuentas de ópalo, como correspondía a las siervas de casa importante. Se acercó al lugar donde Kratos se hallaba y se dejó caer de rodillas ante él.

—Os podéis retirar —dijo Kratos a los aruras.

Ellos inclinaron la cabeza y retrocedieron. La puerta se cerró electrónicamente tras ellos.

—Levántate, Tera —ordenó Kratos, que se había levantado y cruzaba los brazos sobre el pecho.

La joven había llorado intensamente, aunque ahora tuviese secos sus grandes ojos. El rojo de sus párpados y el temblor de sus finos y bonitos labios era una prueba.

Miró a Kratos con sus grandes pupilas implorantes

—Perdón, Kratos. Estoy profundamente apenada.

—¿Por qué lo has hecho?

—Bagdaman-veg quería matarme a mí. Me llamó a su aposento privado y me dijo que Deomedon-ivi le había exigido matarme, o que de lo contrario le retiraría un crédito rural, o algo así, que mi amo tenía de él.

—Sigue —exigió Kratos, severo.

—Mi amo y señor no tenía más remedio que complacer a su amigo rural. Me lo dijo así. Y añadió: «No te haré sufrir, Tera.» De un armario de platino, que contenía armas, tomó un cuchillo antiguo, adornado con piedras preciosas, rogándome que me tendiera sobre una mesita de cristal de roca.

»Obedecí, asustada. Le vi acercarse a mí y mirarme con esa mirada verde e inexpresiva de los arura. Mi amo no es malo, pero estaba obligado a quitarme la vida. Yo lo comprendí así y me resigné a morir.

»Sin embargo, de pronto, cuando se acercó más y alzó el cuchillo sobre mi pecho, algo me ocurrió. Debió ser pánico a la muerte, pavor. Soy joven, Kratos, y puedo ser madre algún día. Es mi mayor ilusión. Morir sin dejar tras de mí un descendiente me sobrecoge.

»Salté de la mesa y corrí alocadamente. Él me llamó, exigiéndome que volviera a la mesa. Mas mi pánico iba en aumento. Y ciega, sin saber lo que hacía, tomé un arma electrónica, del armario abierto.

»Me gritó: "¡Deja eso y ven aquí! ¡Te lo mando! "

»El arma tembló en mi mano. Surgió un chispazo, que ennegreció el suelo, en dirección a él. Le vi caer y… ¡Por Dios, Kratos; compréndeme! ¡Yo no quería matarle!

—Pero le has matado y eso es muy grave, Tera —musitó Kratos —. Has de pagar con tu vida. Yo no puedo ayudarte en nada.

—¡Sí puedes, Kratos! ¡Demora mi ejecución! ¡No me envíes a «Umilla» inmediatamente! ¡Dame la oportunidad de tener un hijo!

—¿Estás loca, Tera? ¡Bagdaman-veg es muy poderoso y tiene muchos hijos que me exigirán justicia inmediata! ¿Cómo has podido escapar de su palacio y venir aquí?

—Salí corriendo sin avisar a nadie. Los guardianes de la puerta no pudieron detenerme. Tomé una lancha y vine a verte. ¡Solo tú puedes ayudarme a conseguir mi único deseo, Kratos! ¡Tú eres como yo, de mi raza, somos hermanos!

—¡No, Tera! —gritó Kratos, inflexible—. Además, yo no soy el Magno Rector, sino su representante. Traicionaría la confianza puesta en mí, me convertiría en un traidor, en un rebelde.

—¡No te pido que no hagas justicia, Kratos! ¡He cometido un delito horrible, aunque ha sido contra mi voluntad, te lo juro! ¡Dame la oportunidad de tener un hijo! ¡Demora mi muerte el

tiempo necesario, Kratos! ¡Tú puedes hacerlo!

—No puedo… Por nuestro Dios, Tera; no puedo acceder. Sacrificaría a Behadit-ura, le hundiría y me hundiría con él. De esa muerte se hablará mucho en Keel y en todo el globo, saltando después a los mundos de la Dominación Arura. ¿Te das cuenta? ¡Bagdaman-veg no es un arura paria, sino un influyente y poderoso gran señor!

—¡Mi hijo, Kratos! —gimió Tera, abrazándose a los pies de él.

* * *

Tera fue conducida a una celdilla aislada, en el piso más profundo del Palacio Supremo, por orden de Kratos. Mientras, él se cambiaba de ropas, poniéndose prendas más livianas y el peto de consejero del Magno Rector.

En un auto volante, que tomó en la azotea del palacio, conducido por un terrícola de su servicio, se hizo conducir al palacio de Bagdaman-veg, sobrevolando el lago azul y posándose en uno de los jardines.

Inmediatamente, pidió ser recibido por el hijo mayor del finado.

Kadube-veg, muy grave, joven, digno y severo, le recibió en el amplio vestíbulo de piedra de Urano, aquella especie de mármol rojo, más parecido al rubí que el granate. Detrás de él estaban seis siervos acongojados.

—Mi corazón está condolido, triste, sangrante, angustiado y maltrecho por la noticia recibida, Kadube-veg. Mi alma, apenada y dolorida, ha descendido a los abismos de la pena. Comparto todo tu dolor y anhelo que el Gran Señor Bagdaman-veg encuentre el camino de la Familia Eterna y se reúna con sus antepasados en las dimensiones felices del pasado.

—Bien hablas, Kratos —dijo Kadube-veg, gravemente—. Pero no es este momento de hablar, sino de actuar. Tú representas al Magno Rector, en tus manos está la ley. ¡Haz que busquen a esa desleal esclava y que todos los ingenios de «Umilla» no sean suficientes para martirizarla como se merece!

—No hay necesidad de buscarla, Kadube-veg —replicó Kratos—. Ya está en mi poder.

—¿La has arrestado ya? —preguntó el hijo del señor arura asesinado.

—Sí, Tera se ha presentado a mí para recibir el castigo que merece. En ningún momento ha intentado eludirlo.

—¿Por qué no se presentó a mí? —rugió Kadube-veg.

—Temió tu justa ira. No quiso que incurrieras en locura

—¡Devuélveme a esa esclava! —exigió Kadube-veg, furioso, agitando las escamas de su verde faz—. Yo la castigaré como se merece y la haré padecer mil muertes horribles, que ni siquiera los ingenios de «Umilla» sabrán superar.

—Tera ha pedido justicia al Magno Rector —replicó Kratos, muy serio.

—¡Tera me pertenece! ¡Es mía y puedo hacer con ella lo que me plazca!

—Lo siento, Kadube-veg. Tera será juzgada por el Magno Rector.

—¿Por ti, que eres un esclavo como ella? ¿Acaso te gusta esa mujer, Kratos? ¿Te ha complacido que haya matado a mi padre? ¿Eres como ella?

—El dolor te hace decir insensateces, Kadube-veg —reprochó Kratos, altivamente—. Todos me conocéis. Behadit-ura me educó y me otorgó su confianza.

—¡Jamás debimos permitir eso! ¡Un señor arura no puede ser regido por un esclavo!

—El Alto Consejo eligió a Behadit-ura como Magno Rector de Keel y mencionó mi nombre como consejero. No se trata ahora de discutir los decretos del Alto Dignatario Atmon-seal. Yo haré justicia.

—¡Quiero a esa mujer y la iré a buscar con mis hombres al Palacio Supremo! —amenazó Kadube-veg, enérgico—. Le quiero arrancar las uñas, los ojos, la lengua, la piel, los huesos… ¡La quiero ir mutilando lentamente, durante meses! ¡Quiero introducir la locura en su mente, matarla con sadismo y crueldad! ¡Mis antepasados no me perdonarían jamás si no tomo venganza por mi propia mano!

—Tus antepasados te lo reprobarían, Kadube-veg —replicó Kratos—. Son muy dignos y no aceptarán un criminal entre ellos. ¿Por qué no haces una cosa?

—¿Qué?

—Aguarda a que tu padre haya encontrado la luz eterna. Entonces ve a tu santuario y llámale. Acudirá a ti y te dará consejo.

Por él sabrás la razón de su muerte. Él te dirá que, contra su voluntad, quiso matar a Tera, dado que un señor rural se lo exigió, por despecho. Él te dirá que esa joven fue víctima del pánico más horrendo, al ver la muerte suspendida sobre su corazón, y que huyó hacia el armario de las armas, tomando una, que se disparó sin saberla manejar.

—¡Mentira! ¡Eso te lo ha contado ella!

—Yo no miento, Kadube-veg. Habla con tu padre cuando esté con la Familia Eterna.

—¡Habrán de pasar diez días para celebrar el funeral! ¡Y si mi padre no encuentra pronto el camino, porque murió sin preparación espiritual, pueden tardar meses antes de que sepa yo la verdad!

—Espera todo ese tiempo, Kadube-veg. Yo te prometo que haré justicia.

—¡No, la quiero hacer yo, ahora, con el cuerpo de mi padre presente, delante de los míos!

Kratos estaba luchando contra lo imposible. Su situación era delicada. Quería ayudar a Tera, aunque sabía que no podía hacerlo. Kadube-veg poseía ya la misma influencia de que había gozado su padre. Y no era esto solo. Había más. El señor rural que era Deomedon-ivi se enteraría pronto de lo ocurrido y su voz se alzaría violenta al cielo, clamando el derecho arura sobre los esclavos.

Si Kratos no fuese también un estigmado del círculo estrellado, quizá pudiera hacer prevalecer su mandato de consejero del Magno Rector. Pero él, pese a todos los honores recibidos, no era más que un terrícola, y su actitud podía parecer a los suspicaces aruras un intento de sedición, traición o rebelión.

—Escucha, Kadube-veg. Sé que no puedo privarte del derecho que te pertenece. Esa esclava es tuya. La puedes matar, vender, destruir o cambiar, porque es tuya. Pero ella se ha puesto bajo mi protección y pide justicia. Sé que será castigada, porque su culpa está confesada. Pero mi responsabilidad es grande. Otro día, un arura puede pedir mi protección oficial y eso sería terrible.

—¡Ella es esclava y el Alto Consejo Arura no puede censurar tu acto! ¿Me la entregas, sí o no?

—Razona, Kadube-veg. Ponte en mi lugar…

—¡Está bien, Kratos; sal de mi casa y no vuelvas jamás aquí! Te desprecio y me declaro tu enemigo. Lucharé contra ti y enviaré un

recurso al Alto Consejo Arura, manifestando mi oposición constante a tus designios.

»¡No aceptaré jamás la ley de un esclavo! ¡Fuera de aquí y témeme! ¡No descansaré mientras viva, hasta que no logre echarte de la Magna Rectoría!

—Lo siento, Kadube-veg. Espero que rectifiques tu error y comprendas mi posición. La ley está por encima de aruras y terrícolas.

—¡La ley está en nuestras manos! ¡Somos los amos! ¡Y el traidor que te puso al frente de la ley, pagará también!

—Podría costarte caro, Kadube-veg —sentenció Kratos, dignamente.

—¡Aunque me cueste toda mi fortuna! ¡Vete antes de que te haga matar!

Kratos inclinó la cabeza, dio media vuelta y salió.

* * *

En el palacio de Behadit-ura reinaba gran consternación cuando Kratos llegó en su auto volante. Antes de descender del aparato, Kratos dijo al conductor:

—Atiéndeme bien, Nirik. La situación es delicada. Has de estar preparado para realizar un viaje rápido a Urano. Ve inmediatamente al espaciódromo y arregla, con el mayor secreto posible, que tengan preparada una nave veloz.

—Sí, Kratos.

—Yo te avisaré cuando hayamos de partir. Date prisa.

Dicho esto, Kratos descendió y se dirigió a la entrada, donde varios criados que le amaban salieron a su encuentro, diciéndole:

—¡El amo no hace más que preguntar por ti, Kratos! ¡Nos ha ordenado a todos que te busquemos!

—Ya voy, amigos. Descuidad.

—¿Ha ocurrido algo grave, Kratos? —preguntó otro, al entrar en el vestíbulo.

—Sí, Temir. Algo muy grave. No te puedo decir más. ¿Dónde está el gran señor?

—En la sala ámbar. Estaba en el baño cuando le llamaron con urgencia. Acudió a la placa visora y lo que oyó le descompuso. Jamás le había visto tan furioso… ¡Ha golpeado a Bakin, haciéndole

sangre en un ojo!

Kratos se mordió los labios y avanzó hacia la gran escalinata giratoria. Subió al primer piso y se encaminó, por un amplio, suntuoso y regio pasillo, hacia una puerta dorada, ante la que parecían montar guardia dos robustos esclavos, quienes abrieron la puerta para dar paso a Kratos.

Dentro, paseando arriba y abajo, entre mesitas de frutos exóticos, estaba Behadit-ura, quien se volvió, gritando:

—¡Kratos! ¿Qué has hecho?

El esclavo se arrodilló ante su amo, inclinando la cabeza.

—He hecho lo que habrías hecho tú en mi lugar, Behadit-ura.

—¡No, por todos mis antepasados! ¡Bagdaman-veg ha muerto a manos de una esclava! ¡Su hijo Kadube-veg está furioso y me ha dicho que lanzará diez mil esclavos contra nosotros!

—Yo opondré a su locura los códigos de la ley —replicó Kratos, levantándose.

—¿Por qué, Kratos? ¿Tienes tú a la esclava que ha matado a Bagdaman-veg?

—Sí, pidió justicia al Magno Rector.

—¡Pero el Magno Rector soy yo! ¡Entrega inmediatamente a esa mujer y que Kadube-veg sacie en ella su venganza!

—Va contra la ley. Esa esclava ha cometido un delito grave y debe ser juzgada.

—¡Déjate ahora de eso, Kratos! No seas insensato. ¡No sabes cómo está Kadube-veg de furioso, y con razón! Amaba a su padre. Todos en Keel amaban a su padre. Era mi amigo. Tú te has sentado a su mesa. ¡Te ordeno que entregues a esa mujer a Kadube-veg inmediatamente!

—Hazlo tú, Behadit-ura. Tú eres el Magno Rector. Infringe tú la ley. Yo no lo haré jamás.

—¿Qué dices, Kratos? ¿He oído bien? ¿Te niegas a obedecer un mandato mío? —la voz de Behadit-ura tembló y vibraron todas las escamas de su cabeza y rostro.

—Me niego a contravenir la ley, amo y señor mío. Tú no te has dado cuenta aún de la grave responsabilidad en que incurrimos al realizar justicia en Keel. Yo sé que Tera ha matado y debe ser castigada. Pero Tera ha venido a mí, pidiendo ser castigada por la ley.

»Si accedo a las exigencias de Kadube-veg, soy ilegal.

—¡Nadie te puede reprochar nada, Kratos! —gritó Behadit-ura.

—Yo me lo reprocho, Behadit-ura.

—No te entiendo.

—¿Hay una autoridad en Keel o no la hay?

—Sí, la hay, naturalmente, Kratos. Yo la detento.

—No perdona. La detento yo…

—¡Porque yo delegué en ti! Pero en estos casos…

—Si en estos casos me has de desautorizar y en otro no, quédate con la Magna Rectoría, Behadit-ura. Pero, ¿es que no entiendes? Solo pretendo obrar dignamente. Kadube-veg está ciego por el odio. Deomedon-ivi quiso obligar a Bagdaman-veg a matar a Tera. Ella enloqueció de pánico y mató sin querer. Es una esclava de la casa «Veg», sí, pero ella me conocía y vino a verme. El jefe de la guardia lo sabe. Está encerrada en el Palacio Supremo.

»Si la dejo en manos de Kadube-veg, ¿qué ocurrirá?

—¿Qué ocurrirá? —repitió Behadit-ura.

—Que habremos faltado a la ley y los esclavos tendrán perfecto derecho a faltar también.

—No, Kratos, ¡eso no puede ser! Excepto tú, los esclavos no cuentan.

—¡No digas eso, Behadit-ura; no seas insensato, dado que tu juicio siempre ha sido preclaro! ¡Hay diez mil esclavos por cada arura en La Tierra! ¡Una injusticia, una sola, y eso lo sabe muy bien el Alto Consejo Arura, podría ser la simiente que hiciera brotar una rebelión sangrienta y exterminadora!

»Si eso ocurriera, yo no tendría necesidad de ir en busca de un mundo lejano y libre, lejos de la Dominación Arura, porque me quedaría aquí, en mi mundo, a luchar por mi libertad.

—¿Tu libertad? ¿Qué dices, Kratos? ¿Te has vuelto loco? ¡No logro entenderte!

Kratos se desabrochó el peto de un tirón, quitándose luego la clámida y volviendo, para gritar:

—¡Mira mi estigma, Behadit-ura! ¡Soy un esclavo!

—¿Y te rebelas contra mí?

—¡No, contra la injusticia!

—Tú no puedes hacerme tal cosa, después de todo lo que yo he hecho por ti.

—¡No tú puedes faltar a la ley, incitando a los esclavos a la rebelión! ¡Toma la Magna Rectoría, devuelve a esa chica a Kadubeveg, satisfaciendo el odio de un señor rural y la venganza de un señor de Keel y me verás el primero vociferando en las plataformas, para que me oigan todos, que se ha hecho injusticia!

—No, no… Escucha, Kratos. Esa mujer ha de ser castigada en «Umilla». Debe serlo, tiene que serlo. Nadie puede perdonar que se mate a un amo.

—Será castigada, cuando haya sido juzgada de acuerdo con la ley. Escucha, Behadit-ura. Vamos a Urano. Habla con Atmon-seal y exponle el caso, antes de que ellos se adelanten. El Alto Dignatario sabe que yo tengo razón. No importa una vida. ¡Es la ley, la justicia, la verdad, lo que hará que el dominio arura se mantenga perenne en el Universo!

»Si tú o esos grandes señores, por placer o rencor, faltáis a la ley, habréis de ateneros a las consecuencias.

Era tal la dureza de expresión de Kratos, tal la firmeza de sus palabras y tal la razón de sus argumentos, que Behadit-ura no pudo replicar. Fue a sentarse a un sillón ortopédico, ladeado, y cerró los ocelos, pensativo.

—Piensa en lo que te he dicho, Behadit-ura. La nave está esperando. Tenemos dos pasos a dar: uno es ir a Urano ahora mismo. El otro es seguir aquí y ejercer nuestra autoridad Si tienes miedo a tus semejantes, déjame a mí. Soy tu consejero. Yo arreglo tu legislatura, yo trabajo mientras tú te diviertes… ¡Pero yo tengo la razón!

Behadit-ura se volvió a mirar a su protegido. En lo que era expresión de patetismo y tristeza, el arura expresaba todo el sentimiento que cabía en su espíritu frío.

—¿Por qué, Kratos? ¿Por qué? Debe existir una poderosa razón para que tú me martirices así. Tienes razón… ¡No te lo niego! Es la justicia y, en el fondo, eres un estigmado, aunque eso me repugne reconocerlo.

»Pero aunque no eres semejante a mí, te quiero como a un hijo. No tengo a nadie más que a ti. Eres inteligente, sabio, prudente y admirable. Me has dado más satisfacciones que pesares. Mejor dicho. Todo han sido satisfacciones y solo un pesar. Este.

»¿Por qué, Kratos?

—No te lo puedo ocultar, señor. Tera desea morir transcurridos unos meses. Sabe que yo puedo demorar la marcha de la justicia, y tiene un secreto deseo que yo debo respetar por encima de todo, porque ella es mujer y de mi raza.

—¿Qué secreto es ese, Kratos?

—Tera desea ser madre antes de morir…

—¿Tú, Kratos?

—Quiero a Tera desde que la conocí en la fiesta de Bagdamanveg.

—¡Por mis ancestros, Kratos! ¿Has dado un hijo a esa…?

—Sí, en mi despacho de la Magna Rectoría… ¡Y defenderé a mi descendiente hasta que salga de su madre y me sea confiado! ¡Y lo haré crecer a mi lado, sin un círculo estrellado a la espalda!

—¡Estás loco, Kratos! ¡Todo el poder que te he confiado se ha subido a tu cabeza, enloqueciéndote!

—¡Mi hijo no será esclavo jamás! ¡Haré que el Alto Consejo Arura otorgue los mismos derechos a todos los habitantes de la Dominación, porque es injusto que una raza domine a otra!

—¡Traidor! —gritó Behadit-ura, poniéndose en pie.

Capítulo III

BEHADIT-URA se retiró a su santuario, deseoso de conversar con sus antepasados, a los que deseaba pedir consejo, consultar, exponer su fracaso. Antes de retirarse, había dicho a Kratos: «¡Aguárdame! Debo recapacitar. Si me he equivocado contigo, te desposeeré de cuantos honores te he dado y pasarás a ocupar un detestable cargo en mis jardines… Mis antepasados me orientarán.»

Kratos asintió, retirándose a sus propias habitaciones. Allí, se despojó de sus ropas y tomó un baño aromático y sedante. Seis bellas esclavas le atendieron, secando y perfumando su piel, relajando sus músculos y vistiéndole con ropas sutiles.

Luego, él se tendió a descansar y se durmió, teniendo un sueño inquieto y desasosegado, del que fue despertado durante la noche por el esclavo Temir, quien le sacudió con energía:

—¡Kratos, despierta!

—¿Qué ocurre, Temir?

—Debes venir inmediatamente. Ha ocurrido una desgracia irreparable… ¡El amo ha muerto!

Kratos palideció y se puso en pie de un salto.

—Le hemos encontrado en su santuario, con un enorme agujero negro en el pecho. Ante él había un arma perforante. Creemos que se ha matado.

—¡No!… ¡Eso no puede ser! —exclamó Kratos, aterrado.

Corrió hacia la salida. Allí había varios esclavos, con lámparas eléctricas de mano. Ninguno hablaba. Le siguieron por el pasillo, hacia la escalera rotativa. Descendieron con él y fueron hacia el

santuario privado y familiar de Behadit-ura. Allí también había varios criados, todos cariacontecidos y tristes.

—Kratos, ayúdanos —gimió alguien—. No permitas que nos separen a consecuencia de esto.

Sin contestar, Kratos penetró en el santuario de Behadit-ura, cuyo cuerpo estaba tendido en el suelo, profundamente encogido, justamente delante de la extraña y complicada máquina del pasado que poseían casi todos los grandes señores de Arura.

Kratos había estado un par de veces en aquel santuario. Era privado y solo entraba el encargado de la limpieza o algún técnico, si la máquina no funcionaba adecuadamente.

Un breve examen bastó a Kratos, viendo el arma perforante en el suelo, para comprender que la muerte de su amo había sido instantánea. Pudo haberse disparado él mismo… ¡O pudieron matarle!

—¿Cómo estaba la placa visora? —preguntó Kratos, volviéndose —. ¿Quién le ha encontrado?

—El encargado de las comunicaciones. Loike —dijo Temir—. Le llamaron del Palacio Supremo, uno de los jefes de la guardia. Loike contestó que estaba en el santuario y no podía acudir, diciendo si querían que te llamasen a ti. Le respondieron que no y que fueran a llamarle.

»Loike hizo eso y llamó. Pero viendo que no respondía nadie y encontrándose la puerta abierta, entró. Bueno, Loike está siendo atendido en su alojamiento. Sufre una impresión muy fuerte.

Kratos pensó aprisa. De noche no era improbable que algún extraño se hubiese infiltrado en la mansión, provisto de un arma, para deslizarse, sin ser visto, en el santuario de Behadit-ura.

También era plausible que su amo se hubiese matado por su propia mano, aunque Kratos tenía motivos para creer que esto no era cierto. Behadit-ura habría dispuesto buenos destinos para sus esclavos. Por enojado que estuviese contra Kratos, sus otros nueve mil siervos no tenían la culpa. Siempre le atendieron bien.

Pero había algo más. Un hombre tan supersticioso como Behadit-ura habría consultado con sus antepasados, y en caso de que estos, desde el pasado, le dieran orden de quitarse la vida, lo habría hecho en presencia de ellos… ¡Y la máquina de la Eternidad estaría funcionando aún, porque un muerto no podría

desconectarla!

Sin despegar los labios, Kratos salió del santuario, para dirigirse a la placa visora que había en una sala contigua. Se sentó ante ella y presionó un pulsador.

—Ponme con el Palacio Supremo. ¿Quién quería ver a Behadit-ura?

Hubo una oscilación en la pantalla y apareció el rostro verde y poco agradable de Deomedon-ivi, el gran señor rural.

—Yo, esclavo. Y no pienso hablar contigo. Dile a tu señor que Deomedon-ivi quiere hablarle.

—Lo siento, Deomedon-ivi. Yo soy su consejero, por delegación propia y consenso del Alto Consejo Arura. Y hablarás conmigo o no hablarás con nadie.

—¿Cómo te atreves, estúpido estigmado, a hablarme en ese tono?

—¿Y cómo te atreves tú a utilizar las comunicaciones del Palacio Supremo de Keel? ¿Quién está de oficial de guardia?

Las escamas de Deomedon-ivi temblaron de ira. Kratos no pudo oír lo que dijo el señor rural, porque su imagen desapareció de la pantalla, apareciendo inmediatamente un rostro arura preocupado.

—Feklogo-ben, ¿por qué habéis permitido que Deomedon-ivi utilice nuestras comunicaciones?

—Perdón, Kratos. Sus siervos, armados, ocupan la plaza. Hay también siervos de la casa «Veg». Quieren una audiencia inmediata con Behadit-ura y no contigo.

—Pero, ¿tú no sabes las órdenes, Feklogo-ben? ¡Echa a esos aruras de ahí inmediatamente! ¡Utiliza la fuerza si es preciso! ¡Behadit-ura delegó en mí, como bien sabes, y soy yo quien administro la ley!

»¡Acata mis órdenes o serás sentenciado por rebeldía!

—Sí, Kratos. Pero es que…

—Estaré ahí dentro de pocos minutos. Y no quiero ver a nadie en el palacio.

Diciendo esto, Kratos cortó la comunicación y se volvió. Al fondo, esperando sus órdenes, estaban sus compañeros de raza, los siervos de la casa «Ura».

—Nirik, Temir, Bakin, venid los tres conmigo.

Los aludidos se adelantaron, apartándose del grupo.

—Los demás volved a vuestras celdillas y no digáis a nadie lo que ha sucedido. A nadie, ¡entendedlo bien! Fuera de este palacio, nadie debe saber que Behadit-ura ha muerto. Va la salvación de todos nosotros en esto.

Los siervos asintieron y se retiraron. Solo Nirik, el piloto-chófer de Kratos, Temir y Bakin —este último con un parche en el ojo izquierdo—, se quedaron.

—Escuchadme, amigos míos. Sabéis que podéis confiar en mí, como yo sé que confío en vosotros.

—Yo daría mi vida por ti, Kratos —afirmó Temir, seriamente.

—Hay una conjura contra nosotros, promovida por Kadube-veg y el no menos poderoso Deomedon-ivi. Me odian y no vacilarán en emplear toda su fuerza para aniquilarme.

»Estoy seguro que han hecho matar a Behadit-ura para dejarnos sin la Magna Rectoría. Posiblemente, cualquiera de ellos, o sus amigos, intenta imputarme la muerte de Behadit-ura, desprestigiarme y hacerme ajusticiar, siendo inocente.

»Yo pretendo defender, con la ley, a una mujer de nuestra raza, que, por miedo, ha matado a un gran señor. La defenderé todo el tiempo que pueda. Pero si es preciso, acaudillaré a todos los nuestros en un levantamiento general contra los aruras de la Tierra.

Las miradas de los tres siervos brillaron con ansiedad.

—¿La revolución de los esclavos, Kratos?

—¿Por qué no? Lucharemos por recobrar nuestro mundo. Algo hemos de hacer, o nos aniquilarán. Nosotros vivíamos bien aquí, sin opresión. Yo fui educado como un docto arura, y por eso Behadit-ura quiso encumbrarme.

»Pero muerto él, nuestra unión y seguridad peligra. Seguiremos juntos. Yo os guiaré hacia la libertad. O se reconocen nuestros derechos, o lucharemos hasta la muerte.

—¡Iremos contigo hasta el fin, Kratos! —exclamó Nirik—. Dinos lo que debemos hacer.

—Divulgar por la urbe, en fábricas, máquinas de transporte, almacenes, grandes mansiones y allí donde, habiten los nuestros, que estén atentos a mi llamada. Haced jurar a todos, por la supervivencia de nuestra raza, que no dirán nada a los aruras hasta que mi voz no clame por la rebelión total.

»Yo voy ahora al Palacio Supremo, donde tengo que jugar al

engaño, antes de que se divulgue la noticia de la muerte de nuestro amo. Si pierdo, que mi gesto quede ahí, de muestra. Alguien tiene que ser el primero en alzar la voz contra nuestros opresores. Después vendrán otros.

»Desde que existe nuestro mundo, la lucha por la libertad ha costado muchas vidas. Si ahora sucumbimos, peor. ¡Pero la muerte es preferible al cautiverio!

* * *

Desde el aire, Kratos vio la infinidad de luces que se movían en la plaza del Palacio Supremo. Él mismo conducía al auto volante, el cual situó justamente encima de la plaza, sobre los millares de cabezas que allí había, para conectar los megáfonos.

—Oídme todos —empezó a decir, con voz suave—, soy Kratos. Represento al Magno Rector, quien fue, nombrado por el Alto Consejo Arura, para que yo asesorase en Keel.

»Tengo el poder y la justicia. Vosotros y vuestros amos queréis burlar la ley, porque un hombre ha muerto. Yo os prometo hacer justicia a su debido tiempo, pero no puedo aceptar imposiciones de ningún señor arura, porque si cediera ahora, luego exigirían más.

Un enorme clamor se alzó del suelo, como si terrícolas y aruras aunasen sus voces en contra de Kratos. Así era. Sus amos los habían enviado allí para armar ruido, impresionar y hacer acto de fuerza, mostrando un poder humano que podía ser aniquilado con solo una descarga de «fisiomio».

La mayoría de aquellos seres, empero, eran siervos obedientes. Y Kratos no podía hacer nada contra ellos. Les dejó gritar, para luego añadir, dando más volumen al megáfono:

—El Alto Consejo Arura me protege. Voy a dar a vuestros amos unos minutos para desistir de su empeño o retirarse. Si no me obedecen, lanzaré a la guardia contra ellos y serán arrestados.

Kratos cerró el altoparlante y dirigió su auto volante hacia la plataforma de aterrizaje del palacio, donde el oficial de guardia nocturna, Feklogo-ben, de uniforme y preocupado, le estaba esperando.

—Lo siento, Kratos. El gran señor Deomedon-ivi intentó sobornarme, ofreciéndome cien esclavos y diez mil aúreos. Dice que no debemos servirte a ti, a menos que venga Behadit-ura.

—Has hecho bien en no hacerles caso, Feklogo-ben —dijo Kratos, tajante—. Arma a tu guardia y hazla avanzar sobre la gente. Hay que despejar la plaza.

—Sí, Kratos. Tu palabra es la ley. Ellos no saben lo que dicen.

El oficial del Servicio de Seguridad se alejó, seguido de su escolta, mientras que Kratos, utilizando un ascensor secreto, descendía a la última planta del edificio, en el subsuelo, desembocando en un pasillo en el que había un terrícola, provisto de una arma extraordinaria y pavorosa.

¡Se trataba del fusil ígneo de vibración cósmica!

Solo existía un arma como aquella en toda la urbe de Keel y había sido confiada al Magno Rector, quien la guardaba en su amplio despacho. Cuando Kratos abandonó aquella mañana el palacio, se la confió a un criado de toda su confianza, para que custodiase a Tera.

—¿Ha venido alguien, Okner?

—No, Kratos. Nadie conoce este paso, excepto tú y yo.

—Sigue vigilando. Hay peligro, Okner. Entraré a ver a Tera. Avísame si algo ocurre.

Detrás de Okner había un muro metálico. Kratos presionó un pulsador secreto y el muro se descorrió, en parte, mostrando una celdilla estrecha, en donde había los muebles necesarios para una persona. Sobre la litera metálica, descansaba Tera, con las mismas ropas blancas que la viera Kratos por la mañana.

Se cerró la entrada a su espalda. El extractor de aire tenía purificada la atmósfera.

Tera dormía.

Kratos se acercó y pasó su mano por la frente de la maravillosa joven, la cual se movió y abrió los ojos.

—¡Kratos, amor mío! —exclamó ella, incorporándose y echándole los brazos al cuello, le abrazó tiernamente.

Él correspondió a las tiernas caricias de ella, para luego sentarse a su lado, tomándole una mano por encima del hombro.

—Estoy muy preocupado por ti, Tera —musitó suavemente.

Tera poseía un suave y corto cabello rubio. Su cuello blanco y largo parecía el de un cisne. Su semblante juvenil y perfecto era más que hechicero. La ingenuidad y el temor, mezclados, se asomó a sus ojos.

—¿Te he buscado muchos problemas, verdad?

—Sí. Kadube-veg quiere disponer de tu vida inmediatamente.

Bajando la mirada, Tera musitó:

—Si tú crees que se acabarán tus problemas, entrégame a él. Ahora, no me importa morir.

—Pero, ¿y tu hijo, Tera?

—He recapacitado. ¿Qué me hará Kadube-veg?

—Te martirizará y no pienso permitirlo.

—¿Eres más fuerte que él, Kratos?

—No lo sé. Él es arura y yo un estigmado. Por capricho, vanidad o bondad, Behadit-ura me educó extensamente, haciendo de mí un esclavo preclaro. Ese destino me ha llevado a ostentar un alto cargo que no me pertenece.

»Pero mi sólido sitial se ha tambaleado esta noche, Tera. Behadit-ura ha muerto. No estoy seguro si por su mano o por otra.

—¡No, Dios!

—Nadie lo sabe aún, pero no podré ocultarlo mucho tiempo. No sé qué hacer, si irme a Urano e implorar al Alto Dignatario, Atmom-seal, o empuñar el cetro de la rebelión y recuperar la Tierra en que nacieron nuestros antepasados.

—¿Rebelión, Kratos? —se asustó Tera.

—Sí. ¡Muerte o libertad!

—¡Dios mío! ¿Tanto fuego he colocado en tu pecho, Kratos?

—Mucho, Tera. Yo no estaba seguro de mis sentimientos hacia ti. Me debía a Behadit-ura y a mi alto cargo. Nosotros no podíamos unirnos porque la ley lo prohíbe, pero yo hubiese hecho que Behadit-ura te comprase a Bagdaman-veg o que te hubiese pedido como obsequio.

»Este destino que nos ha unido no entraba en mis cálculos.

—Si he de ser un perjuicio para ti, líbrate de mí, Kratos. Te lo suplico.

—Ya es tarde, amor. Ahora, debo afrontar la situación. Aún detento la fuerza en Keel. La guardia está de mi lado, hasta que alguien les diga que Behadit-ura ha muerto. Entonces, yo seré un esclavo más, sin amo y sin protección.

»Por eso voy a sacarte de aquí cuanto antes y a llevarte al palacio de Behadit-ura, donde mis compañeros te protegerán con sus vidas, si es preciso. No me importa ya, llegar todo lo lejos que

sea posible. Pero antes de salir de aquí, Tera, deseo que me expliques bien una cosa.

—¿Qué, Kratos?

—¿Estabais solos Bagdaman-veg y tú cuando… sucedió aquello?

—Sí. Me mandó llamar y yo acudí.

—¿Has manejado alguna vez un arma desintegrante?

—Nunca. Solo las había visto.

—¿Sabes cómo se disparan?

—No —denegó Tera con la cabeza.

—¿Y dices que en el suelo se formó una línea negra, de ti hacia tu amo?

—No. De él hacia mí. La vi venir y se interrumpió a la mitad de la distancia entre él y yo. Estaba tan aterrada que no sabía lo que hacía.

—¡Repite eso, Tera! ¡Recuerda! ¿Qué hiciste con el arma?

—La tomé y me volví.

—¿No sentiste un influjo externo, como de algo o alguien ordenándote tomar el arma?

—No lo sé.

—¿Qué dispositivo tocaste del arma?

—¡No lo sé! ¡La presioné con fuerza, nada más!

—¿Y no tocaste el seguro, el punto rojo y el disparador?

—¡No lo sé, Kratos! ¡No puedo recordar!

—El humo del suelo, ¿venía hacia ti y se paró entre tú y él? ¿Estás segura de eso?

—Sí.

—¿Cómo puedes estar segura de eso, si no recuerdas si tocaste el disparador?

—¡Por favor, Kratos; no me martirices! Yo estaba trastornada y no sabía…

—¡Pero alguien pudo matar a Bagdaman-veg, desde detrás, y tú creer que le habías matado! ¿No te das cuenta? Si tú disparas un arma, apuntando al suelo, este se fundiría, alzando fuego y no humo, ¡e iría el reguero de ti hacia él!

»Si es cierto lo que dices, el disparo atravesó a Bagdaman-veg, y su cuerpo, absorbiendo las radiaciones, dejó solo el reguero de humo de él hacia ti, hasta que cesó el disparo. Tenía que haber alguien más allí.

Tera se quedó boquiabierta ante esta inesperada posibilidad.

—¿Crees que yo no maté a mi amo?

—No lo sé. Debería examinar la sala en donde ocurrió el hecho. Kadube-veg no me permitió examinarla. Pero a raíz de lo sucedido con Behadit-ura, empiezo a temer que todo haya sido un complot siniestro para deshacerse de dos buenos aruras y crear una situación que tienda a hundirnos.

—¿Por qué habían de hacer eso? —preguntó Tera, asustada.

—¡Porque hay aruras que no quieren verse regidos por un terrícola, para poder seguir adelante con sus ambiciosos planes!

—¿Quién?

—Solo se me ocurre un nombre: Deomedon-ivi. Sé de él que hace años entró en la Tierra clandestinamente, como si viniera huyendo de otro planeta. Empezó a traficar con frutos y productos agrícolas, con destino a las industrias químicas, y se enriqueció. Se dice de él que ha traficado con drogas alucinógenas y perturbadoras, y que es un ser ávido de poder y riqueza. Sin embargo, nada se le ha podido demostrar.

»Pero un tipo así no vacilaría ante nada por llegar a ser Magno Rector de Keel y luego consejero del Alto Dignatario de Urano. La ambición le ciega.

—Eso no son más que conjeturas tuyas.

—Conjeturas que me gustaría demostrar. Pero no divaguemos, hemos de salir de aquí antes de que se haga de día. Vamos, Tera. Te defenderé contra todos y pese a todos, porque te deseo y te quiero. ¡Y nuestro Dios me ayudará a vencer en la lucha!

Salieron de la celdilla. Okner se volvió y saludó a Tera.

—Sube a la plataforma, Okner. Comprueba que todo está despejado. Si es así, presiona este botón plateado —dijo Kratos, entregando al otro un disco—. Dame el rifle. Lo llevaré yo.

Okner entregó el rifle y se fue por el ascensor secreto. A los pocos minutos, sintiendo un zumbido bajo un aro electrónico que llevaba en un brazo, Kratos condujo a Tera al ascensor.

Al salir al aire libre, Okner se acercó:

—No hay nadie.

—El oficial Feklogo-ben ha cumplido mis órdenes y ha despejado la plaza. Escucha, Okner; toma mi auto volante y lleva a Tera al palacio de Behadit-ura. Dile a Temir que custodie a Tera sin

que nadie lo sepa. Que no entre nadie allí, ni salga tampoco. Yo regresaré a mi despacho. Debo aclarar varios puntos importantes.

—Sí, Kratos.

Junto al auto volante de Kratos, Tera abrazó a su amor con efusión, para luego, apremiada por él, subir al aparato.

Cuando ella y Okner se fueron, Kratos tomó otro ascensor y descendió a su despacho. Allí ocupó su asiento y conectó las placas visoras, produciéndose inmediatamente varias llamadas. Kratos conectó primero la del oficial de guardia del Palacio Supremo.

—Kratos, te estaba buscando con ansiedad. Temí que te hubiese ocurrido algo.

—Hube de atender un asunto importante. ¿Se han cumplido mis órdenes?

—Sí, la plaza está despejada ya. Pero… Se nos ha comunicado algo terrible. Una llamada anónima, cubriendo la pantalla con un velo, nos ha informado que…

—¿Qué, Feklogo-ben?

—Nos ha dicho que tú has matado a Behadit-ura, en su santuario y que has ocultado su cadáver.

Kratos sintió algo así como si el suelo se abriera bajo sus pies.

Capítulo IV

—ESCUCHA, FEKLOGO-BEN —habló Kratos—, la situación es muy delicada. Es cierto que Behadit-ura ha muerto. Pero no le he matado yo. Y nadie lo sabía, excepto el asesino… ¡O sea el individuo que ha realizado esa llamada!

—Pero, ¡eso es terrible, Kratos! ¡Muerto el Magno Rector de Keel, tú no puedes…!

—¡Sí puedo, Feklogo-ben! El Alto Consejo Arara autorizó mi delegación. Sé que existe un complot contra mí. Se ha matado a Behadit-ura para despojarme de mis atributos. Mas el asesinato no es un procedimiento lícito y todos lo saben.

»Hasta que el Alto Consejo Arura no nombre otro Magno Rector, el cetro de la ley y la justicia de Keel está en mi mano. Y emplearé mi autoridad para descubrir al culpable e instigador del complot.

»Por este motivo no he dicho nada acerca de la muerte de Behadit-ura, ocurrida esta misma noche. Nadie en su palacio ha hablado. Por tanto, si te han comunicado la noticia, acusándome injustamente, solo puede tratarse del propio asesino.

—Es plausible —admitió el oficial del Servicio de Seguridad del Palacio Supremo.

—Y no es eso solo, Feklogo-ben. Dos grandes señores han venido a protestar, no queriendo ser escuchados por mí. Son Kadube-veg y Deomedon-ivi, sobre quienes recaen especiales sospechas. Ya el hecho de querer hablar con Behadit-ura, sabiendo que yo le represento, les acusa.

—Ellos dicen que tú intentas proteger a una esclava homicida —

objetó Feklogo-ben, dudando.

—He investigado eso, Feklogo-ben —replicó Kratos—. Tera no ha matado a Bagdaman-veg. También forma parte del complot. Al amo de Tera le asesinaron de modo extraño y ella creyó haberlo hecho.

—Desde luego, Kratos, no tienes por qué darme explicaciones —contestó Feklogo-ben—. Hasta que un decreto del Alto Consejo Arura no te destituya de tu cargo, yo seguiré obedeciendo tus órdenes.

—Gracias, Feklogo-ben. Eres un oficial obediente y leal y te mencionaré en mi informe. Sigue cumpliendo con tu deber y mantente firme en tu puesto.

»Ahora, deseo que intentéis averiguar desde dónde se efectuó la llamada anónima. Esa, de momento, es la única pista que tenemos para descubrir al asesino.

»Otra cosa. El departamento físico tiene que investigar, secretamente, las muertes de Bagdaman-veg y Behadit-ura. No se comunicará nada a nadie, hasta que yo haya examinado esos informes. Es preciso averiguar cómo han muerto esos dos grandes señores aruras.

—Sí, Kratos. Transmitiré tus órdenes inmediatamente.

—Nada más.

Kratos cerró la comunicación con Feklogo-ben y contestó a otra llamada urgente. Le llamaban de la sección nocturna de gobierno, en donde se encontraba un alto oficial de policía urbana.

—Kratos, nos han dicho que has matado a Behadit-ura.

—¡Eso es mentira! —gritó Kratos—. ¿Quién te lo ha dicho, Frekista-xaz?

—Una llamada anónima. El caso es grave, porque un esclavo detenido en un transporte público y sometido a interrogatorio físico, ha dicho que se prepara un levantamiento terrícola.

—¿A quién vas a hacer más caso, Frekista-xaz, a un provocador que se esconde en el anonimato o al delegado del Magno Rector?

—No sé qué decirte, Kratos. Deseo ver a Behadit-ura.

—Controlo la situación, Frekista-xaz. No te apures. Hay un complot contra nosotros, es cierto. Y creo saber de dónde parte. Los conspiradores mataron a Bagdaman-veg y, en efecto, han asesinado a Behadit-ura en su santuario. Pero serán detenidos de un momento

a otro.

—¡Si Behadit-ura ha muerto, tú debes renunciar a la Magna Rectoría! —exigió el jefe de la policía urbana.

—¿Y dejar a Keel sin ley, en plena anarquía? ¿O acaso tú, como arura, deseas ocupar mi puesto, sin experiencia?

—Me han dicho que tú has matado a…

—¡Te han mentido! ¡Y seguirás a mis órdenes o te haré destituir instantáneamente!

—Si Behadit-ura ha muerto, no te debo acatamiento, Kratos. Tú eres un esclavo.

Kratos no quiso escuchar más y cerró la comunicación, furiosamente. Aquello solo podía significar que Frekista-xaz había sido ganado al complot de sus adversarios.

Pero Kratos aún tenía un recurso legal que esgrimir. Si la fuerza pública se ponía frente a él, otra fuerza pública de mucho más poder podía apoyarle. Si no lo conseguía, Kratos abandonaría el Palacio Supremo de Keel y empuñaría el cetro de la rebelión terrícola.

Se levantó de la mesa y se dirigió al muro derecho de su amplio despacho. Allí, presionando el botón rojo de un disco plateado, hizo iluminarse una enorme pantalla plana, disimulada en el muro.

El torvo semblante de un arura de grandes dimensiones apareció en todo su perfecto colorido.

—Llamada primordial y preferente a Urano, Estación de Enlace. Soy Kratos, consejero del Magno Rector de Keel.

—Te conozco bien, Kratos. ¿Con quién quieres hablar?

—Con el Alto Dignatario Atmon-seal.

La sorpresa apareció en las aruras facciones del encargado de la Estación de Enlace espacial.

—¿Con…?

—Sí. Una situación importante y suprema me exige esta llamada. Debo conferenciar con Atmon-seal inmediatamente. Razones de alta política.

—Está bien, Kratos. Seguramente habrás de esperar un poco. Los enlaces deben ser avisados.

—Hazlo.

Kratos esperó ante la enorme pantalla, de la que había desaparecido la imagen del arura, quedando en su lugar el

anagrama de conexión oficial y preferente, que se estaba transmitiendo, a través de millones de kilómetros, desde la Tierra hasta Urano, por medio de circuitos de asociación iónica, en un alarde de técnica impresionante.

No se trataba de una llamada cualquiera. Las estaciones de enlace vibraron, movilizándose millares de seres, en distintos planetas, cancelándose radiaciones y programas, cerrándose canales y contactos, para dar preferencia absoluta a la llamada.

Esto solo podía hacerlo un Magno Rector. Y Kratos sabía que era la única posibilidad que le quedaba. En toda la Dominación Arura, solo una persona podía autorizarle a continuar en el Palacio Supremo.

Y esta persona era el más Alto Dignatario arura, Atmon-seal, Consejero Supremo del Alto Consejo, quien, breve tiempo después, aparecía en la pantalla del despacho de Kratos, sentado ante una amplísima mesa de trabajo, diciendo a través del cosmos:

—Algo grave debe acontecer en Keel para que tú, Kratos, el hombre de confianza del envejecido Behadit-ura, mimado de sus ancestros, recurra a mi consejo.

—Algo muy grave, es cierto. Dignísimo, Nobilísimo y Sapientísimo señor.

—¿Qué es?

—Una conjura de algunos señores contra este Magno Rector.

—Temí esa posibilidad, Kratos. ¿Qué dice Behadit-ura de ello?

—Nada puede decir porque él ha sido víctima de esa conjura y ha muerto.

El digno Atmon-seal se movió inquieto en su sitial.

—¿Quién le ha matado?

—Lo ignoro aún. Los conspiradores están maquinando mi destitución. Y por eso te llamo, Atmon-seal. Yo he dirigido este Palacio Supremo con tu consentimiento magno y tú has autorizado a mi amo y señor a delegar en mí.

»Si los conjurados me eliminan, la justicia caerá en sus manos y graves males acontecerán en Keel, donde moran ciento ochenta millones de seres.

—Los conjurados, ¿son aruras? —preguntó Atmon-seal.

—Probablemente. Sospecho del ambicioso Deomedon-ivi y del irreverente hijo mayor de Bagdaman-veg, quien ha podido

confabularse con Deomedon-ivi para exterminar a su propio padre, que fue muerto ayer por alguien, pretendiéndose culpar a una esclava.

—Muy graves noticias son esas, Kratos —replicó Atmon-seal—. Y me sitúas en un difícil dilema. ¿Qué puedo hacer yo?

—Autorizarme a seguir en la Magna Rectoría, con poderes extraordinarios, hasta que los culpables hayan sido arrestados y ajusticiados.

—¡Pero tú estás ya en la Magna Rectoría!

—Soy terrícola, Digno, Noble y Sabio señor arura.

—Sí, eso es un inconveniente. Muchos altivos señores aruras se han quejado de que un siervo les dirija y juzgue, aunque tu virtud sea superior a la de ellos. Incluso, dejarte dirigir Keel, sin la presencia del gran señor Behadit-ura, sería difícil.

—Solo necesito tu confirmación temporal, Atmon-seal. Anúncialo y yo haré justicia a mi amo.

—¿Pretendes que los grandes señores aruras de Keel se vuelvan contra mí, Kratos? En justicia, debería nombrar a alguno de ellos. Bagdaman-veg ostentaba grandes merecimientos… ¡Tal vez su hijo!

—¡Kadube-veg puede ser un parricida, digno Atmon-seal!

—Puedo nombrar a otro que no sea él… Alguien que acepte tus sabios consejos, por ser nuevo en tal elevado cargo.

—Si perdemos ese tiempo precioso, los conjurados se crecerán, dominarán la situación e incluso pueden llegar al aislamiento de la Tierra en el Dominio Arura.

—No se atreverán a tanto, Kratos.

—Cuando se llega al asesinato, ya nadie detiene el brazo armado que insiste en matar para alcanzar las mayores glorias. Incluso puede llegar a ti la conjura.

—No, Kratos. Es cuestión de alta política. No fue error nombrar a Behadit-ura Magno Rector de Keel. El error estuvo en acceder a que tú fueses el poder ejecutivo. No te ofendas, Kratos. Yo te respeto. Eres admirable y leal Pero… Siempre hemos de tener presente en el Alto Consejo que un siervo no debe estar por encima de sus amos.

Kratos encajó perfectamente este alegato.

—El error no fue tuyo, Atmon-seal, sino de Behadit-ura, que me educó en tan altos principios y dio razón de estricta justicia a mi

mente. Eso es lo que me guía ahora: la justicia. No puedo, ni debo, aceptar que una conjura llevada a cabo contra mi amo y que ha provocado su muerte, llegue a feliz término.

—No llegará, Kratos. Descuida. Mis poderes son muy amplios. Nombraré un gran señor para Magno Rector de Keel. Sugiéreme tú mismo alguien.

—Te sugiero dejarme aclarar esto y castigar a los culpables. Lo haré y luego podrás nombrar al sustituto de Behadit-ura.

—Si pudiera lo haría, Kratos —se lamentó el más alto dignatario de la Dominación Arura—. Pero no es posible. Elije tú mismo a uno de los diez mil grandes señores de Keel y le investiré con los atributos que tenía Behadit-ura. Él hará justicia y tú podrás ayudarle.

—En Keel no hay, prácticamente, más de cien grandes señores. Y el más indicado, Bagdaman-veg, ha muerto. Los otros, cualquiera puede tomar parte en la conjura, junto con el sospechoso Deomedon-ivi.

—Sospechoso porque te lo parece a ti. ¿En qué te fundas, Kratos?

—En pequeñas razones, digno, noble y sabio Atmon-seal.

—También puedo enviar a un emisario mío. ¿Qué te parece mi ayudante, Barkeli-ami?

—Cuando llegase aquí ya podría ser tarde —replicó Kratos.

—No pareces muy dispuesto a colaborar, Kratos. Eso me disgusta.

—¡Escucha, Atmon-seal, por complacer vuestro orgullo de raza no debes afrontar otro peligro mayor!

—Kratos, ¿qué tono es ese? ¡No me parece correcto!

—¡Tampoco te parecerá lo que voy a decirte, Atmon-seal! Yo también tengo orgullo de raza. Ostento el poder en Keel, y tengo detrás de mí ciento ochenta millones de estigmados que son una fuerza arrolladora.

—¿Estás amenazándome, Kratos?

—No. Intento hacerte comprender que mi deseo de justicia me puede obligar a rebelarme contra tu dominio.

—Si eso haces, las naves de guerra os destruirán, Kratos. No seas insensato. Modérate, admite tu error, retírate si tu amo y protector ha muerto y dedícate a llorarle, ya que hizo mucho por ti.

—¡Quiero justicia para él y para todos!

—¡Otros harán esa justicia, no lo dudes!

—Lo dudo, Atmon-seal.

Kratos estaba imponente, delante de la gran pantalla, extendido el brazo, como acusando al ser más importante entre cientos de miles de millones de seres.

—¿Me acusas de falso, Kratos? —pareció rugir Atmon-seal, empezando a levantarse de su asiento, para apoyarse en la mesa.

—¡Te acuso de tendencioso, altivo y soberbio arura! ¡Te acuso de pertenecer a una raza que nos tiene dominados desde hace doce siglos, sin darnos jamás la oportunidad de emancipación! ¡Te acuso de no habernos dado jamás una oportunidad digna de vivir con libertad!

—¡Sois una raza inferior, Kratos!

—Eso es falso.

—¡No tengo por qué descender al nivel tuyo! ¡Quedas arrestado y a disposición del Alto Consejo Arura!

—Me opongo totalmente, ¡y conmigo se opondrán veinte mil millones de terrícolas!

—¡Eso te costará muy caro, Kratos! —gritó Atmon-seal.

—¡La muerte y la destrucción total antes que la esclavitud!

Volviéndose, Kratos presionó el disco y la pantalla se apagó, cortándose la comunicación.

Kratos volvió entonces a su larga mesa, muy preocupado, y presionó un botón, ante una placa visora de órdenes.

—Atención, pobladores de Keel. Oídme todos. A fin de evitar derramamientos de sangre inútiles, yo, Kratos, consejero del Palacio Supremo, ruego a todos los habitantes de raza arura que salgan de la urbe antes de dos horas.

»Esta megápolis pertenece a la Tierra y los terrícolas dejan, desde este momento, de ser esclavos y siervos de los aruras. No quiero violencias. Acatad mis órdenes pacíficamente. Libertad para los esclavos. Expulsión de los aruras, que saldrán sin bienes de fortuna.

»¡Terrícolas, ha llegado la movilización general! ¡Lucharemos contra la dominación arara, si es preciso hasta la muerte! ¡Uníos, hermanos de esclavitud, para que nuestros hijos no sean marcados más con el oprobioso estigma de la esclavitud!

»Expulsad a los araras o matadlos si se resisten.

* * *

El grito de libertad se extendió vertiginosamente sobre miles de kilómetros, pasando de Keel a Tanka, al otro lado del mar, y a la antiquísima ciudad de Benar, en la India, donde mil quinientos millones de terrícolas se alzaron contra sus amos, degollándolos sin miramientos.

Fue un enorme colapso. Toda la Tierra, como si estuviese esperando la llamada de Kratos, se alzó como una ola inmensa, en contra de los tiranos usurpadores.

Rebelarse contra la dominación arura era fácil. El número ingente de los esclavos podía aplastar al invasor, solo con las manos desnudas. Pero no pudo evitarse el derramamiento de sangre, porque muchos señores aruras optaron por morir matando antes de renunciar a sus suntuosas mansiones y a su bienestar.

En Keel, desde el Palacio Supremo, Kratos dirigió personalmente a los esclavos, haciendo desarmar a la guardia y a la policía urbana. Millones de terrícolas invadieron las calles y plataformas. Se abandonaron fábricas y talleres, propiedad de ricos aruras, y pronto se vieron armas en manos de los revolucionarios.

Kratos, dominando la situación desde el primer momento, sabía que lo peor tardaría unas semanas en llegar. No es que hubiese tenido suerte. Ya contaba con la ayuda de los hasta entonces terrícolas. Conocía su mentalidad, sabía de su ansiedad y participaba en los deseos que, secretamente, algunos esclavos privilegiados le habían hecho.

Se confiaba en él y la respuesta de Keel fue unánime.

Los aruras no podían hacer nada centra el alud de amotinados. Algunos se defendieron en sus mansiones, casas y palacios, produciendo muertes. Pero, al final, fueron desarmados y reducidos.

En Keel se realizó el levantamiento casi sin víctimas y en poco tiempo.

Kratos se mantuvo dentro del Palacio Supremo, donde contaba con medios de comunicaciones. Realizó numerosas llamadas y obtuvo muchas respuestas afirmativas, de fieles esclavos.

De las primeras reacciones, una significativa vino de un tal Kermes, ingeniero electrónico, terrícola y encargado del suministro

eléctrico de Keel, cuya iniciativa propia, al escuchar la llamada de Kratos, fue avisar a sus colaboradores del cinturón de centrales atómicas de la megápolis.

Kermes se puso incondicionalmente a las órdenes de Kratos, diciendo:

—Me siento orgulloso de ayudarte, Kratos. De no haber dado tú este paso, lo habría dado yo. Nuestros hermanos necesitaban un caudillo y nadie mejor preparado que tú… ¡Que Dios te dé mucha vida y felices aciertos! ¡Viva la Humanidad!

En la sede de la policía municipal, sin embargo, hubo muertos. Más de quinientos aruras armados dispararon contra la muchedumbre, casi indefensa. Fue preciso retroceder y dejar el terreno sembrado de cadáveres. Pero la reacción no se hizo esperar. Desde uno de los aeródromos interiores de la urbe, cinco autos volantes, cargados con pequeñas bombas radiactivas se abatieron sobre el edificio especial, dirigido por Frekista-xaz.

Representó la muerte de gran número de aruras y la rendición de los restantes.

El jefe del espaciódromo de Keel fue aprisionado por varios sirvientes. Un ingeniero terrícola asumió el mando de todo e informó inmediatamente a Kratos:

—Dispongo de ciento veintidós naves de guerra, Kratos. La mitad de ellas están en buen uso y la otra mitad necesitan ajustes y reparaciones. Las tendrás casi todas dentro de pocos días a tu disposición, con expertos pilotos de nuestra raza. ¿Qué hacemos con los aruras que hemos capturado?

—Deseo que dispongas una gran estación espacial para sacarlos a todos de Keel. No quiero matar a nadie. Pero, ¡óyelo bien, Kuvero!, hay dos aruras que deseo retengas especialmente.

—¡Dime sus nombres, Kratos!

—Uno es Deomedon-ivi, cuyo paradero ignoro. El otro es Kadube-veg.

—Daré órdenes inmediatamente para que se les detenga si aparecen por aquí.

—Y, naturalmente, Kuvero, quedas confirmado como jefe de comunicaciones exteriores, así como jefe de las fuerzas aéreas.

—Gracias, Kratos. Dispón de mí y de mi vida para todo lo que necesites.

En veinticuatro horas, Kratos había reunido en el Palacio Supremo a una serie de individuos, todos terrícolas, procedentes de las labores más distintas de la megápolis, con los que departió brevemente, confiando a unos un cargo y a otros otro.

Necesitaba colaboradores incondicionales. Nirik, que había sido su chófer, quedó nombrado Jefe Supremo del Ejército y recibió la orden de formar una numerosa tropa que acamparía a las afueras de la megápolis. Todo hombre, entre quince y cincuenta años, quedaba movilizado. Las mujeres emancipadas se encargarían de las fábricas.

Luego, llegaron noticias de otras grandes urbes del globo. Un hombre de veinte años, Adalmo, se había regido Jefe Supremo de Tanka (la antigua América), pero envió un aviso diciendo que se ponía a las órdenes de Kratos.

Desde Benar llegaban noticias contradictorias. Allí reinaba la más absoluta anarquía y no era posible dirigir a la inmensa masa de hombres. Solo se había logrado exterminar a todos los aruras.

Sin pérdida de tiempo, Kratos ordenó a Kuvero, jefe de las fuerzas aéreas, que enviase treinta naves rápidas a Benar, y que una legión armada se dispusiera a ocupar la megápolis. Esta operación tuvo éxito al cabo de dos días.

Temir, antiguo amigo de Kratos se encargó de la Jefatura del Interior, rodeándole de una fuerza pública que procedió al saqueo de armas en los palacios. Y él fue quien detuvo a Kadube-veg, oculto en una de las salas de su palacio.

Avisó inmediatamente a Kratos y este le dijo:

—Envíamelo inmediatamente al palacio. Quiero hablar con él.

Capítulo V

EN una de las amplias salas del Palacio Supremo, Kratos celebró aquella noche la primera reunión de lo que podía llamarse en Consejo Provisional de Jefes Absolutos.

En menos de diez horas, Kratos había nombrado a sus colaboradores, sabiendo que él era incapaz de atender todos cuantos asuntos y problemas había creado la nueva situación.

Y, en torno a una larga mesa, los nuevos jefes se situaron para discutir lo que habría de ser base del nuevo estado terrestre. Había hombres doctos y preparados, ingenieros y jefes de producción industrial, así como historiadores, médicos, geólogos, navegantes, arquitectos, etc.

En total, se reunieron sesenta personas. Previamente, Kratos había hablado con ellos a través de placas visoras. Ahora, reunidos todos, frente a frente, Kratos tomó la palabra, diciendo:

—Hermanos míos, es grave la situación que hemos tomado. Asumo toda la responsabilidad, pero que nadie se llame a engaño. Yo pagaré con mi vida si nuestra rebelión fracasa. Vosotros, empero, pagaréis también.

»El Alto Consejo Arura no nos perdonará. No puede ni debe perdonarnos, porque su Dominio se tambalearía si triunfamos y después de nosotros vendrían otros seres que se rebelarían también.

—¡La muerte no nos asusta, Kratos! —exclamó Kuvero, el jefe de comunicaciones y de las fuerzas aéreas—. Sabremos morir luchando, si llega el caso.

—Ese es el propósito de todos —añadieron otras voces,

enérgicas.

—No nos engañemos. Los aruras vendrán con sus naves y nos darán un ultimátum.

—Les interceptaremos el paso —replicó Nirik, jefe del Ejército —. En dos días tendré un ejército de seis millones de hombres.

—Doce millones de manos desnudas no detendrán a los ejércitos aruras —replicó Kratos, tristemente.

—Requisaremos todas las armas. No te preocupes de eso —insistió Nirik—. El jefe de Industria está realizando ya planes para la fabricación de armas.

—¿Sí, Breknos?

—Sí, Kratos. Un millón de rifles desintegrantes para antes de un mes.

—¡Antes de una semana!

—¡Imposible!

—Si queremos sobrevivir, necesitamos esas armas.

—Kuvero puede enviar seis estaciones orbitales, con veinte mil hombres cada una, a las bases militares de la Luna —siguió diciendo Nirik—. Si las conquistamos, ese será nuestro trampolín. Podemos elegir la Luna como campo de batalla, a fin de ganar tiempo. Necesitamos tiempo, sea como sea, para organizarnos.

—¡Tiempo! ¿Dónde está el tiempo? —exclamó Kratos, desesperado—. Atmon-seal ya habrá enviado esas naves… Kuvero, puestos de observación y vigilancia, aunque tengamos que sacrificar vidas. Necesitamos información urgente.

Kuvero sonrió.

—Ya lo he dispuesto. Tenemos, por fortuna, amigos en Marte, en Júpiter y en Amaltea. Mis subordinados están a la escucha. En cuanto las naves de guerra aruras estén en marcha, seremos informados.

—Bien. Ahora, escúchenme todos. No soy yo el más indicado para dictar ahora una constitución —explicó Kratos—. Nombraremos departamentos vitales, como son alimentación, industria, guerra e interior. Lo demás puede esperar. Ignoramos si dentro de quince días sobreviviremos o no. Ahora, lo importante es el contraataque, la lucha. Todo queda supeditado a eso. La defensa, antes que nada. Por lo tanto, no habrá más estatuto que el de defensa. Nos hemos reunido aquí para nombrar al más capacitado

para la lucha, quien nos dirigirá a todos.

—¡Ya lo hemos decidido! —exclamó Temir—. Nuestro jefe absoluto serás tú, Kratos.

—Os ruego que votéis, hermanos —suplicó Kratos, abrumado.

Sesenta manos se alzaron. Era la primera vez en doce siglos que manos blancas, de dedos articulados, se alzaban para tomar un acuerdo en beneficio de los antiguos y originarios nativos de la Tierra. Para Kratos fue de una emoción inenarrable.

—¡Tú nos guías, Kratos! ¡Nosotros te obedeceremos!

—Solo tengo una consigna que daros, hermanos. Hay que defender nuestra libertad e independencia. No quiero llevar la guerra al Dominio Arura. Quiero que nos dejen vivir… ¡Y que nuestros hijos dejen de llevar el estigma del círculo estrellado a la espalda!

—¡Viva Kratos! —aullaron todos.

Fue un consejo que duró muchas horas. Iban saliendo los consejeros que tenían ya misiones específicas y concretas que cumplir. Se daban órdenes, se discutían problemas y Kratos daba su visto bueno. Pese a ello, Nirik y Kuvero, también daban órdenes, desde allí mismo, a través de placas visoras que tenían ante sí, a fin de que la fuerza aérea y el ejército continuase progresando.

Los jefes de industria sabían que era preciso movilizar a la gente para el trabajo. Nadie podía abandonar el puesto que le era asignado. Una máquina no podía detenerse bajo ningún concepto. Era preciso crear armas, cargar, instalar, almacenar y transportar.

Los hombres eran movilizados en masa, utilizándose todos los medios de transporte. Los primeros que llegaron a los campos de movilización fueron nombrados oficiales. Los que vinieron después eran soldados. Nadie sabía manejar un arma. Pero se preguntaba, se probaba y cuando se tenía una noción, se comunicaba a los demás. Así se formaron pelotones de cien hombres, con un oficial al frente. Estos grupos se mantuvieron unidos hasta que los cuadros de mando coordinaron y asignaron misiones a cada centuria.

Y era impresionante, casi increíble, ver como en pocas horas, se creaban divisiones enteras, aunque entre diez mil hombres solo hubiese un arma o dos.

Kuvero, desde su mesa de reunión, en el Consejo Provisional, ordenó el traslado de diez divisiones a seis grandes estaciones

espaciales.

Estas naves debían equipar a los hombres que pudieran, con trajes de vacío, y trasladarlos a la Luna, a desalojar de allí a los aruras que aún estaban ocupando los cargos y puestos de su Dominio.

Y en el orden interno, cambiar el sistema de una urbe de ciento ochenta y dos millones de seres fue más difícil. Se repartieron los palacios de los grandes señores aruras, donde se instalaron millones de mujeres, hartas de vivir en las celdillas de los esclavos. Pero la nueva policía se cuidó de que las fábricas, almacenes e industrias siguieran produciendo. En especial, todas las factorías del cinturón industrial de Keel, que se dedicaban a la metalurgia, fueron requisadas. En menos de veinticuatro horas, el hierro y el acero estaba siendo utilizado para crear cañones de largo alcance. Físicos y químicos de los laboratorios oficiales se dedicaron a producir «fisiomio» en gran escala, que debía ser reunido en arsenales. Y no había espera. Se necesitaba todo a medida que se iba produciendo.

Temir pedía armas.

Kuvero pedía armas.

Nirik también pedía armas.

Y Okner pedía armas…

* * *

Era casi la madrugada y habían transcurrido veinticuatro tiempos (o sean horas) desde que Kratos hiciera su declaración de rebelión, cuando el Jefe Supremo abandonó la sala de conferencias, donde aún quedaron otros consejeros discutiendo medidas.

Temir, Jefe del Interior, acompañó a Kratos a una sala, donde ocho hombres, sin más armas que sus manos, custodiaban a un arura que estaba sentado en una silla ortopédica.

Aquel arura se llamaba Kadube-veg y tenía los brazos atados con finos alambres de acero flexible.

Kratos se acercó a él y le preguntó, suavemente:

—¿Cómo te encuentras, Kadube-veg?

—Ya lo puedes ver, Kratos. Tus amotinados me han traído aquí. ¿Qué piensas hacer conmigo? ¿Vas a matarme?

—No, Kadube-veg. No quiero la muerte de nadie. Solo quiero justicia.

—Haz que me suelten, pues, y me envíen con mis hermanos, a Urano.

—Puede que lo haga. Desde luego, a «Umilla» no irá nadie. Los «xasmaks» se han terminado. He dado orden de traerte aquí porque me interesa mucho la muerte de tu padre.

»Tera no le mató.

—¡Muy ciego estás por ella, Kratos, para haber envuelto a la Tierra en este tumulto que el Alto Consejo anegará en sangre! —replicó Kadube-veg, hostilmente.

—Tera no disparó contra Bagdaman-veg, porque ella se encontraba frente a él y tu padre fue asesinado por la espalda. Y es más, ¿cómo iba a disparar Tera un arma desintegrante que no sabía manejar?

—¿Qué subterfugio es ese, Kratos? ¿Pretendes modificar los hechos a tu capricho, para justificar tus actos?

—Quiero que vengas conmigo a tu casa, Kadube-veg —dijo Kratos, secamente—. En tu presencia, Tera será sometida a la prueba de la reconstitución de los hechos. E iré más lejos. Tienes otros hermanos menores. Ellos hablarán con tus antepasados, como si tú hubieses muerto ya… ¡Y tu padre dirá quién le mató!

Kadube-veg tembló.

—¡No puedes hacer eso, Kratos!

—¿No? Te equivocas. Ahora mando yo en Keel.

—¡No será por mucho tiempo! —prorrumpió Kadube-veg—. Las naves aruras dominarán la insurrección.

—¡Tú y Deomedon-ivi habéis sido los causantes de esta rebelión, Kadube-veg! —gritó Kratos, empezando a perder la ecuanimidad—. Vosotros pensabais desafiar el poder del Magno Rector, porque os amparabais en vuestra condición arura. Pero todo ha cambiado. Y harás lo que yo te ordene o tu castigo será ejemplar.

—¡Fue Deomedon-ivi quien me indujo a…! — empezó a decir Kadube-veg, para luego callarse súbitamente.

—Sigue. No te interrumpas. Te escucho. Por tu culpa se ha derramado tanta sangre. Yo quería justicia y verdad y si no me la daban, estaba dispuesto a tomármela. El resultado está a la vista. Dime, ¿quién mató a tu padre y a Behadit-ura?

—Todo lo hizo Deomedon-ivi. Me aseguró que yo sería el jefe de la casa «Veg» —Kadube-veg temblaba ahora, al confesar sus culpas,

aterrado por el miedo a las consecuencias de su crimen—. Yo no maté a mi padre. Fue alguien, pagado por Deomedon-ivi, que entró en palacio y se ocultó en el salón de mi padre… Sé que es un amigo de Deomedon-ivi, llamado Ihokeda-nik.

»Ese mismo arura fue quien mató a Behadit-ura. Deomedon-ivi le ofreció una fuerte suma de aúreos y dos mil esclavos.

—¿Dónde está ese arura?

—No lo sé. Estaba cerca de aquí, en la plaza, cuando Deomedon-ivi y sus esclavos intentaban apoderarse del Palacio Supremo. Las fuerzas de la guardia y tu proclama, desde el auto volante, influyeron en los esclavos, que te respetan. Deomedon-ivi y su amigo Ihokeda-nik desaparecieron y no les he vuelto a ver.

Kratos se volvió a Temir, diciéndole:

—Tan importante es encontrar a esos dos aruras como prepararse para el ataque de las naves de Atmon-seal. Te encargo para que, en alguna parte, si viven, los captures.

—Sí, Kratos. Pero han podido morir en la sede de la policía municipal.

—Deomedon-ivi es astuto y habrá eludido el peligro. Buscadle. Y a este tomadle declaración filmada y luego encerradle en los sótanos del palacio.

—Sí, Kratos.

—Ahora, me retiraré. Llevo mucho tiempo sin cerrar los ojos.

* * *

Kratos abrió los ojos en su sala del palacio de Behadit-ura y encontró a Tera en cuclillas, junto a su lecho, mirándole con arrobamiento y dulzura.

—¡Tera! ¿Qué haces ahí?

—Velando tu sueño, amor mío. ¿Estabas muy cansado, verdad? Has dormido veinte tiempos seguidos.

—Y ¿cómo me habéis dejado dormir tanto? —exclamó Kratos, saltando del lecho y tomando sus ropas.

Tera le ayudó a vestirse, diciendo:

—Fue orden mía, Kratos. Necesitabas descansar. Me han dicho que se avecinan momentos difíciles para todos nosotros. No te había dado aún las gracias por tu acto heroico. ¿Te ha impulsado mi amor a la rebelión contra los araras?

—Sí, Tera. Tu amor y la justicia.

Ella se puso de puntillas y le besó en los labios.

—Mi vida te pertenece, Kratos. Si es cierto que la esclavitud se ha terminado en la Tierra, yo seguiré esclava tuya.

Kratos la abrazó tiernamente.

—No, serás mi esposa. Y nuestros hijos no estarán marcados por nada. No habrán odios, sino hermanos, y nadie dispondrá de las vidas de los demás.

—¡Que Dios te ayude, Kratos! Rezaré continuamente para que tengas éxito.

—No hay que rezar, Tera. Hay que trabajar.

—¿Qué quieres que haga?

—Ir a las fábricas y hablar a las trabajadoras. Necesitamos producir armas y herramientas, naves y máquinas. Los hombres irán a la pelea, al espacio, a morir por su libertad. Y vosotras trabajaréis.

—¡Nosotras también podemos luchar, Kratos! ¡Hay muchas mujeres que no saben trabajar en las fábricas, mujeres enseñadas como yo para servir con delicadeza a los amos aruras! ¡Yo puedo reunir a esas mujeres y adiestrarlas a la pelea!

—¡Hazlo, Tera! —exclamó Kratos—. Todos hemos de colaborar a la victoria. Estás autorizada.

Tera abandonó la sala dormitorio antes que Kratos estuviese dispuesto para salir. Fuera le esperaban ya una docena de secretarios, de los distintos nuevos organismos. Había un enlace de industria, otro de fuerzas aéreas, otro de víveres, otro de armamento, etc. Los jefes provisionales estaban demasiado ocupados y enviaron a sus hombres de confianza a ver a Kratos, para que solucionara muchas de las dificultades que habían surgido.

—¿Refugios atómicos? —preguntó uno.

—Sí, que se construyan lejos de la urbe.

—¿Equipos espaciales para el ejército?

—Sí. Cursad la orden de fabricación.

—El Jefe de Industria pide autorización para poner en funcionamiento inmediato las minas de carbono de Kent.

—Que se haga.

Era un nuevo día de locura. Se hubo de crear un consejo de coordinación, a cuyo frente se colocó a un fiel amigo de Kratos, llamado Okner, que había sido criado del Palacio Supremo. Okner

recurrió a universitarios de Keel.

Al mediodía, procedente de Tanka, en un cohete especial, llegó Adalmo, el jefe de la revolución americana. Era un joven dinámico, rubio y de ojos claros, que venía acompañado por un nutrido grupo de consejeros.

Se le condujo inmediatamente al Palacio Supremo y fue recibido por Kratos con un efusivo abrazo.

Adalmo dijo:

—Tanka está a tus órdenes, Kratos.

—Gracias, Adalmo. Pero no puedo darte ninguna. Haced en Tanka lo mismo que hacemos aquí. Reúne datos, envía mensajes y moviliza a tu pueblo. Trabajo y ejército. Hay que enviar naves al espacio. Todo lo que sea capaz de navegar por el cosmos, debe salir de la Tierra y ofrecer un muro de oposición a las naves aruras que ya deben estar surcando el espacio hacia nosotros.

—Se está ejecutando todo eso, Kratos. No nos hemos cruzado de brazos. Pero se me ha ocurrido algo que puede contener al enemigo.

—¿Qué es?

—Todos los aruras capturados podían ser enviados, en naves, al encuentro de sus hermanos de raza, para impedirles dirigir sus rayos contra nosotros.

—No. Los matarían y luego nos atacarían. Hemos de dar ejemplo de justicia. Los aruras serán devueltos a su mundo. No los queremos aquí. Lucharemos con lo que tengamos.

—Comprendo tu propósito, Kratos. Pero sería una táctica que haría dudar a los jefes aruras y nos permitiría ganar un tiempo precioso —insistió Adalmo.

—No. Libertad al enemigo.

—¿Ya los que han cometido actos siniestros contra nosotros?

—Eran los amos y podían hacerlo. Ahora no lo harán. Deseo que los dejéis ir. Yo también pienso entregar a todos los que hemos apresado. Pero quedan aruras ocultos en los campos y deben ser apresados. Se les dará un tiempo prudencial para entregarse. Si no lo hacen, se les buscará y serán muertos.

—Lo que quieras. Hablemos ahora de Benar y Tlemac (África). Sé que hay lugares en los que los aruras siguen mandando, amparados en sus legiones de esclavos.

—Las naves sobrevolarán esos lugares y les conminarán a

entregarse. Los esclavos deben rebelarse contra sus amos. Si no lo hacen, los consideraremos enemigos.

Adalmo se volvió a uno de sus acompañantes.

—Pretro, encárgate de enviar mensajes respecto a eso. Que se cumplan inmediatamente las órdenes de Kratos. Tlemac debe ser conminada a la rebelión total.

—Sí, Adalmo.

Se tropezaba con infinidad de problemas, muchos de los cuales eran solucionados, como se podía, por los mismos jefes provisionales. Pero otros eran sometidos a Kratos, que de nuevo estaba en su despacho, evacuando diligencias y dando órdenes.

Kuvero, el jefe de comunicaciones y de las fuerzas aéreas había enviado ya tres expediciones espaciales hacia la Luna, con un número ingente de hombres. Pero carecían de alimentos y armas y solo disponían de un reducido número de lanza-granadas, así como un centenar de trajes espaciales para cada nave.

—Es igual. Que ataquen los puestos de enlace de la Luna. Los jefes de grupo tienen autoridad para improvisar sobre la marcha. La consigna es luchar como sea y con lo que sea. Que luchen, pues. Y los que mueran serán considerados héroes de la emancipación de la Humanidad.

Se transmitieron estas órdenes a todas las unidades de combate. Fue preciso cerrar el reclutamiento por exceso de soldados. Se recuperaron hombres para el trabajo, dado que muchos habían dejado sus fábricas para alistarse al ejército.

—Todos los componentes de la reserva regresarán inmediatamente a sus puestos de trabajo. La comisión de industria y armamento asignará, prioridad absoluta a todos los capacitados para el trabajo siderúrgico y electrónico —añadió Kratos.

Pese al caos y a la confusión, estas órdenes se cumplían casi todas. También había hombres que, por exceso de celo, cometían errores tremendos, como un viejo navegante que intentó armar a buques de carga, y no tuvo mejor idea que saltar un depósito de armamento naval, en desuso.

Cuando Nirik tuvo noticias de esta atrocidad, hizo arrestar al marino y transportar todas las armas a los campamentos militares, alegando:

—La guerra no se realizará en el mar, sino en el espacio. Los

buques se emplearán para la pesca y el transporte. Las armas han de ser emplazadas en todo lo que pueda volar o surcar el espacio.

Por su parte, Temir, como jefe del Interior, organizó un servicio de vigilancia y policía que pronto empezó a dar frutos. Se formaron grupos de diez hombres, solo uno de los cuales iba armado, porque las armas se necesitaban para la guerra.

Y los registros efectuados en palacios de los huidos o prisioneros aruras, donde ya habitaban gran número de mujeres terrícolas, que lo destrozaban todo, sirvieron para recuperar centenares de miles de armas electrónicas, paralizantes, desintegrantes y vibratorias, todo lo cual fue puesto a disposición de Nirik.

Y también Kratos obtuvo una llamada desde Urano. Un alto jefe arura, perteneciente al Alto Consejo, le llamó por enlace espacial, en nombre de Atmon-seal.

Su nombre era Redgro-ken, y con voz recia y ampulosa dijo a Kratos:

—Vuestra rebelión será aplastada y anegada en sangre, Kratos. Te hemos hecho reo de alta traición y tu castigo será ejemplar. Sin embargo, aún estás a tiempo de rectificar tu error, Kratos. Nuestras naves, en número superior al millón, surcan ya el espacio hacia vuestro planeta. Si es preciso, os destrozarán totalmente y vuestra raza será aniquilada.

»Reflexiona y depón tu actitud. Se castigará a los culpables, pero los demás podrán seguir como antes.

—¡Lucharemos, Redgro-ken! ¡Los antepasados de la Tierra fueron guerreros y luchadores hasta que vosotros nos sorprendisteis a traición, sin previo aviso, valiéndoos de vuestros grandes conocimientos técnicos!

»Pero ya conocemos vuestra ciencia y vuestra técnica. Y esta vez no habrá sorpresa. Si atacáis, os exponéis a morir también. Vida por vida y sangre por sangre. No estamos desprevenidos.

—¡Estás loco, Kratos! ¡No podéis hacer nada contra nosotros!

—Eso ya lo veremos. Más le hubiese valido a Atmon-seal aceptar mi proposición. Si os derrotamos en el espacio, puede que nuestras naves lleguen hasta Urano. Y no olvidéis que somos más que vosotros.

—¡Insolente!

Kratos sonrió y desconectó la enorme placa de su despacho,

dejando a Redgro-ken con la palabra en la boca.

Luego, Kratos avisó a Kuvero.

—Me han dicho que un millón de naves espaciales aruras vienen hacia acá. Hay que interceptarlas.

—El Gabinete de Investigación atómica va a poner mil minas magnéticas a mi disposición. Ya tengo preparadas naves auxiliares para diseminarlas por el cosmos. Eso interceptará su paso —contestó Kuvero—. Estamos trazando un plan de ataque que no gustará a los aruras… Un sistema de guerrillas espaciales desde todos los puntos del cosmos. Pelotones suicidas… Naves de recreo armadas… Meteoros explosivos y teledirigidos. Sondas espaciales y rayos cósmicos… ¡Y mil ingenios más!

—¡Seguid, Kuvero! Y que Dios nos asista.

—Nos asistirá —replicó el jefe de las fuerzas aéreas y espaciales.

Kratos se sintió más confortado. Sobre todo cuando de Tlemac le comunicaron que los grandes señores aruras habían sido apresados y la revolución se había llevado a cabo casi sin derramamiento de sangre.

Capítulo VI

TRANSCURRIERON varios días de intensa actividad en todo el planeta. El milagro se había realizado y el poder se encontraba ahora en las manos seguras de Kratos, quien no perdió la cabeza por esto.

Organizado el mando en todas partes, habiéndose recurrido a individuos competentes, el Consejo Provisional de Estado permanecía reunido en Keel las veinticuatro horas del día (los tiempos aruras habían sido sustituidos ya por el antiguo y secular sistema solar).

Se construía ya un refugio antiatómico, bajo los Alpes, en el que solo se empleaba mano de obra terrícola, sin ayuda de maquinaria. Todo se hacía a mano, excepto aquello que era imprescindible para la guerra o auxiliar de la guerra.

En el Consejo Provincial estaba también Tera, la cual había organizado la Legión Femenina, compuesta ya en unidad de combate, con un número de doce millones de miembros, todos comprendidos entre los veinte y los treinta años. Por esta razón, en Keel y en las grandes megápolis de la Tierra, apenas si se veían mujeres jóvenes.

Parte de la Legión Femenina estaba ya en el espacio. Ellas se encargaban de vigilar un amplio sector del cosmos, donde Kuvero consideró que no existía tanto peligro como en otras zonas orbitales.

De la Luna también llegaron noticias alentadoras.

Uno de los jefes expedicionarios, enviados en los primeros

momentos confirmó haber alunizado cerca de la base «Azak-9», cuyos moradores se entregaron sin lucha. Allí también había esclavos terrícolas y contribuyeron a que los jefes aruras depusieran las armas y se rindieran.

Sin embargo, en la base «Leok-3» dos dotaciones terrestres fueron aniquiladas por rayos cósmicos, y la base hubo de ser destruida, hasta sus cimientos, al tercer día de ataque, lanzando sobre ella granadas atómicas, que costaron la vida a un centenar de aruras y a dos millares de terrícolas allí destinados.

Luego, el jefe de operaciones lunares, confirmó la ocupación total del satélite e informó de las bajas sufridas.

Pese a que el número era crecido, Kratos dijo:

—Sabía que la libertad no la conseguiríamos sin sangre. Seguiremos luchando. La Tierra es nuestra y nos pertenece. Los aruras han de ser expulsados de nuestro mundo. Somos los amos y lucharemos hasta el último hombre.

—Y la última mujer —terminó Tera.

Temir también informó que entre los quinientos mil aruras capturados en la Tierra no se había encontrado a Deomedon-ivi.

—Es preciso seguir buscando. Había muchos aruras que entraban en la Tierra clandestinamente. Y es preciso no olvidar a los que hayan podido escapar y que deben encontrarse navegando en el espacio. La declaración de Kadube-veg ha sido enviada ya al enemigo, para que conozca Atmon-seal las razones que nos indujeron a la rebelión. Eso será para él un fuerte impacto moral y justificará nuestra acción.

—De poco servirá —añadió Okner—. Ni ellos ni nosotros podemos retroceder ya.

Temir tenía algo que decir y era importante, dada la atención con que le escucharon todos, cuando leyó un informe que acababa de recibir y pidió la palabra.

—Siento comunicar al consejo que el jefe del Interior de Tanka me informa de los primeros sabotajes realizados contra fábricas de armamentos. Se sabe que tres factorías han sido atacadas con armas desintegrantes durante la noche última. Y parece ser que han sido aruras los saboteadores.

—Con eso no contábamos —dijo Kratos—. Ellos también luchan a su modo. Ya sabemos lo que hemos de hacer. Vigilaremos

nuestras factorías de armas. La reserva formará cinturones de protección en torno a las fábricas. Ocúpate de eso, Temir.

—Sí, Kratos.

* * *

Durante la comida, en uno de los salones del Palacio Supremo, Kratos y Tera conversaron de los últimos acontecimientos.

—He estado demasiado ensimismado estos últimos días para pensar en ti, Tera —dijo él, muy serio.

—Eso me ocurre a mí, Kratos.

—He asumido una responsabilidad muy grande. Tanta que empiezo a sentir miedo.

—¡No, Kratos; tú no debes sentir miedo jamás! Piensa en los que ya han muerto por nuestra libertad.

—De no haber sido por mi egoísmo, ahora estarían vivos.

—¿Cómo puedes decir eso? Todos quieren morir, si es preciso, para que los demás podamos ser libres.

—Escucha, Tera. Yo estudié la historia de nuestro pueblo. Jamás existió una unión como la que tenemos ahora. Los pueblos de la antigüedad siempre estuvieron disputando, riñendo, luchando y matándose unos con otros. Hacían guerras por los más fútiles pretextos. Hombres de una región, incitados por ellos mismos o por sus jefes, iban a pelear contra los de otra región o país. Hubo guerras colectivas y guerras individuales, de varios países contra varios países.

»Eso lo ignoran muchos de nosotros que no conocen la historia. Y lo singular es que, por vez primera, en la historia de la humanidad, nos encontramos todos unidos. Los aruras pudieron invadirnos debido a aquella desunión entre pueblos de distinto lenguaje.

»Lo curioso es que el lenguaje de las patrias de nuestros antepasados haya desaparecido ya y sea el sincopado idioma arura el que nos ha unido. Ni siquiera existe ahora gran diferencia entre el color de la piel. Doce siglos han cambiado también eso. Tenemos un solo lenguaje y un solo color.

—¡Y un solo enemigo! —remarcó Tera.

—Sí. Todo eso debemos agradecer a los aruras. Ellos nos han unido. Y yo me pregunto, si vencemos en la lucha, ¿podremos

seguir unidos todos los seres humanos?

»Yo tenía el sueño personal de huir, algún día, en una nave, hacia los confines del Universo, más allá del Dominio Arura. Quería que nuestros hijos fuesen libres totalmente y que dispusieran enteramente de ellos. Ahora, que estamos a punto de conseguirlo aquí, en nuestro propio mundo, me pregunto: ¿Qué hemos de hacer para que los hombres sean libres del todo?

—¿Qué quieres decir?

—Los soldados que se disponen a luchar en el espacio darán, posiblemente sus vidas por un mundo mejor, y morirán felices, creyéndose libres. Si ganamos la lucha, ¿serán libres, Tera?

—Sí.

—¿No habrán vencido a un amo extranjero para ser sometidos a otros amos semejantes?

—Eso es absurdo.

—La historia me ha enseñado que no lo es. Antes de la llegada de los arura existía cierta forma de esclavitud. El hombre no ha sido jamás enteramente libre. O era esclavo de sí mismo o esclavo de sus semejantes.

«Nosotros podemos instaurar ahora una forma de gobierno que salvaguarde esa libertad que propugnamos. Mas, ¿cómo? ¿Crees que si todos hacemos lo que se nos antoje vamos a ser libres mucho tiempo?

—Debemos promulgar una ley general. La ley es el principio de la justicia —dijo Tera, seriamente.

—Esas son las palabras. Ley y justicia. Pero la naturaleza, que es ciega, no es justa. Y de ahí partimos. ¿Cómo van a considerarse iguales el que nace enfermo que el sano? ¿No puede tener resentimiento el feo contra sus semejantes?

—¿Por nacer feo? —preguntó Tera, confusa.

—Sí. Y hay hombres más dotados que otros, más inteligentes.

—Será preciso imbuir a unos de paciencia y a otros de tolerancia.

—Pero serán desiguales. Y el que más trabaje ganará más dinero y será más rico, mientras que el ocioso producirá menos y carecerá de recursos. ¿Cómo solucionar eso?

Tera se quedó pensativa.

—Difícil solución, Kratos. No creo que lo resuelvas.

—Entonces, volverán a existir los esclavos y no habremos conseguido nada.

—¿Por qué no establecer una ley absoluta y rígida, con severos castigos para el transgresor? —preguntó Tera,

—Leí en un viejo libro que un ser cualquiera, en determinado estado psíquico, puede cometer una grave falta. Si se le condena a muerte, se ejecuta a un ser posteriormente inocente. Ese hombre podría haber cambiado y ser un hombre digno y honrado. La ley severísima que no le perdona mata en él toda posibilidad de redención.

»Es solo un ejemplo. Pero es que además, cada ser lleva consigo su propio mundo y su propia ley, y su propia conciencia. Cada ser, es en suma, un individuo completamente distinto a otro. Y eso impide, naturalmente, juzgar todos los actos por una misma ley.

—¿Qué sistema de gobierno dispondrías tú, Kratos?

—La autocracia —replicó Kratos, secamente.

—¿Y eso qué es? ¿El gobierno de cada uno sobre sí mismo?

—Eso sería la anarquía, querida —sonrió Kratos—. La autocracia es el gobierno de un solo hombre sobre todos los demás, pero no en el sentido dictatorial y tiránico. Sino bajo un concepto legal establecido por la democracia.

»O dicho de otras palabras. El pueblo, la gente, todos, por elección plebiscitaria, decidirá qué leyes se han de cumplir. Y el autócrata se encargará de darles cumplimiento por medio de las fuerzas legales puestas a sus órdenes.

»El autócrata puede ser elegido también por la Asamblea General que, reunida cada determinado número de años, nombrará al Jefe Ejecutivo de todo el mundo.

—¿Y crees que eso daría resultado? —quiso saber Tera.

—No lo sé. Mi temor es que, si vencemos en la lucha, yo sea nombrado ese autócrata.

—Sería un alto honor para ti, Kratos.

—¡Y una esclavitud perenne durante mi mandato! ¡Habría de vivir para los demás, no pudiendo disponer de mí mismo ni un solo instante!

—Podrías delegar en otros, como Magnos Rectores —insinuó Tera.

—Entonces ya no sería autocracia directa, puesto que cada

Magno Rector podría interpretar la ley según su punto de vista personal. Un mismo problema es enjuiciado de muy distinto modo por diferentes personas. Y eso crearía desigualdad.

Tera sacudió tristemente la cabeza, alegando:

—Me planteas problemas de difícil solución. Y yo no creo que un hombre solo sea capaz de regir a todos los demás, ni siquiera con la ayuda de una nutrida asamblea.

—Puede ser, si ese hombre se dedica única y exclusivamente a su tarea, privándose de su propia vida. Yo admiraba a mi antiguo amo, Behadit-ura. Era un ser admirable. No quería problemas. Prefería vivir bien, distraerse, hacer su voluntad, comer, vivir y soñar. Las responsabilidades las depositaba en otros. Y por eso me nombró su delegado.

—Tú eres un hombre excepcional, Kratos.

Él sonrió y dijo:

—¿Tú crees, Tera? Pues, guárdame este secreto, amor mío. Cuando el planeta esté liberado y fuera de peligro, tú, yo y muy pocos amigos más, que piensen como yo, nos iremos a un lejano mundo, donde tengamos resueltas todas las necesidades, para vivir allí, sin ley, sin gobierno, sin lazos ni ataduras, como una pequeña colonia familiar, donde se permitirá hacer todo lo que se quiera.

—¡Oh! ¿Crees que no terminará mal?

—Puede que sí, pero solucionaremos las dificultades a medida que se presenten.

* * *

—¡Un mensaje de la estación de enlace «Zegra-01-5», en Saturno! —comunicó Kuvero, seriamente—. Un enjambre inmenso de naves de guerra aruras navegan hacia aquí.

—Transmite la posición a las estaciones de seguimiento y que fijen las distancias. Los servicios astronómicos no deben perder contacto con ellas. Vigilancia radiotelescópica preferente.

Kratos se volvió luego a uno de sus asesores.

—Derek —añadió—, deseo que dirijas personalmente el choque. Eres nuestro general en jefe.

Derek era un hombre de unos treinta años. Había llegado pocos días atrás, procedente de Tanka, enviado por el propio Adalmo.

La historia de Derek era harto singular y curiosa. Desde niño,

aquel individuo trabajó en una filmoteca de Tanka. Era archivero y clasificador de historia. Conocía su oficio, pero, además, tuvo el sueño de que, alguna vez, los terrícolas se sublevarían contra sus opresores.

La carrera militar no existía entre los terrícolas. Esto era algo que solo ejercían y practicaban los señores aruras. Pues bien, Derek estudió estrategia, logística, navegación, astronomía y electrónica militar, a fin de que, cuando llegase el momento de la sublevación, hubiese alguien entre los terrestres que pudiera dirigir un ejército.

Derek hubo de forcejear intensamente para llegar hasta Adalmo y convencerle de que él era el hombre que necesitaban para derrotar a los aruras. Y Adalmo, después de oír al hombre, optó por enviarlo a Keel, donde Kratos le escuchó también, para luego, después de numerosas preguntas, a las que Derek respondió acertadamente, con sabiduría y prudencia, nombrarle general en jefe del ejército de liberación.

Sin embargo, Derek no habría de intervenir en la contienda. Se estableció en la Junta Provisional, como asesor militar, hasta que Kratos cambió súbitamente de idea, sorprendiendo a todos con aquella nueva orden.

Los ojos inteligentes de Derek brillaron.

—¿Parto hacia el hiperespacio? —preguntó.

—Sí. Elije tú mismo el lugar donde dar la batalla. Piensa una cosa.

—¿Qué?

—En la victoria únicamente. No quiero decirte lo que has de hacer ni decir. Sabes cuales son nuestros recursos. Empléalos como Dios te dé a entender. Tu muerte será la muerte de todos nosotros; tu vida será nuestra vida.

—¡Viviréis! —replicó Derek, poniéndose en pie y yendo hacia Kratos, a quien abrazó.

Una nave especial, de alta singladura cósmica, esperaba en el espaciódromo de Keel. Media hora más tarde, provisto de una coraza antirradiactiva, el joven general en jefe emprendía vuelo hacia el alto espacio.

Su alto estado mayor le acompañaba. Incluso Kuvero, jefe de la fuerza aérea, tenía confianza en Derek. Con no menos sentido abrazo que el de Kratos, le dijo:

—Sé que derrotarás a los altivos aruras, pese a que tus fuerzas son inmensamente inferiores.

—Yo también lo sé, ministro Kuvero —replicó Derek—. Y aunque yo muera, la victoria será nuestra.

* * *

Aquella noche, al tenderse a descansar, en su litera particular, en una salita junto a la sala del consejo, Kratos no esperaba recibir una sorpresa como la que tuvo, al abrir el armario electrónico y encontrarse allí, en vez de su ropa de dormir, a un arura, encañonándole con un desintegrador.

¡Y aquel arura era Deomedon-ivi!

Kratos se volvió blanco como el papel. Miró a todas partes, como buscando una salida y retrocedió lentamente.

—Estate quieto, Kratos. Te he sorprendido, ¿eh?

—Confieso que sí —murmuró Kratos—. ¿Cómo has entrado aquí?

—Alguien de tu guardia me ha facilitado la entrada. No todos tus seguidores creen en la victoria y se buscan amigos para cuando regresen los aruras.

—¿Ha venido a matarme, Deomedon-ivi?

—Sí, en caso de que te niegues a obedecerme.

—Me niego a todo —replicó Kratos, secamente.

—Lo suponía… ¡Quieto a disparo, Kratos! Te hablo en serio. Y piensa que si tú mueres, tus aliados fracasarán. Hablemos serenamente, Kratos. Puedes dedicarme unos minutos de tu sueño. Ibas a descansar unas horas. Te conviene escucharme.

—¡No te escucharé! ¡Dispara o saldré de aquí y mi guardia te apresará!

—Sabía a lo que me exponía viniendo aquí —dijo Deomedon-ivi —. No, aguarda. Creo que me conoces bien. Soy un aventurero. Llegué a este planeta clandestinamente y no puedo salir de él. En otros mundos sería identificado y castigado. De mí en Urano dicen muchas cosas. En realidad, tengo enemigos por todas partes. Solo me consideraba a salvo aquí en la Tierra, hasta que tuve ambiciones políticas y tú me las destruiste.

»Pero no te guardo rencor, Kratos. De veras. Y por eso creo que podemos llegar a un acuerdo… ¡Deseo que obtengáis la victoria!

Kratos arqueó las cejas, mirando el arma que el otro empuñaba.

—¿Qué clase de traidor eres tú? Sobornas a mis hombres, haciéndoles creer que si nos vencéis obtendrán recompensas, y ni siquiera deseas que seamos derrotados.

—El lenguaje para convencer a uno de tu guardia no es el mismo que debo emplear para convencerte a ti, Kratos. Tú eres inteligente. Eras el verdadero Magno Rector de Keel. ¿Estás dispuesto a escucharme?

—¿Mataste a Behadit-ura?

—Yo pagué la mano que le ejecutó. Pero mis planes han cambiado, Kratos. Me arrepiento de lo que hice, te lo aseguro. Y no deseo matarte, a menos que me obligues.

—Bien. Habla. ¿Qué quieres?

—Un pasaporte, una estación espacial, veinte mil esclavos, máquinas y herramientas para establecerme en Amaltea y cien millones de aúreos del fondo oficial.

»A cambio de eso destruirás a todas las naves de guerra aruras y tendrás a Atmon-seal a tus pies.

Kratos no replicó. Sintió deseos de lanzarse sobre Deomedon-ivi y rasgarle el cuerpo a golpes.

—Tengo un medio para neutralizar por completo a las naves aruras cuando estén cerca de este planeta. Es una máquina de radiaciones especiales, a base de neutrones dirigidos en grandes haces. Dispongo de esa máquina. La tengo oculta en una isla del Pacífico. ¡No te miento, Kratos! Podemos ir a buscarla y probarla. Que la examinen tus técnicos.

—¿Por qué, Deomedon-ivi? ¿Por qué haces esto? —preguntó Kratos, rabiosamente.

—Mis semejantes me matarán si me agarran. Soy un asesino, pero os puedo hacer un señalado favor a vosotros. Hazme caso, Kratos. Créeme y acepta mi proposición. Yo seré libre y tú vencerás.

—Es tarde para pactar contigo, Deomedon-ivi —dijo Kratos.

Capítulo VII

—¡DOS millones de naves están a punto de zarpar de una base militar arura en Saturno! —exclamó Kuvero, a través de la placa visora, con la que comunicaba con Okner, el jefe de coordinación del Consejo Provincial de Estado.

—Eso es malo —contestó Okner—. ¿Cómo has sabido la noticia?

—Me la acaban de comunicar desde la estación de enlace «Zegre-99», en Calypso —replicó Kuvero—. ¡Debes comunicárselo inmediatamente a Kratos!

—Se acaba de retirar a descansar… ¡Espera, Kuvero; aquí viene Tera!

Efectivamente, para una misión relacionada con la Legión Femenina, Tera se había dirigido a Okner, entrando en la sala de coordinación. Se la puso al corriente de la noticia y palideció.

—¡Un millón de naves salió de Urano y ahora dos millones salen de Saturno! —exclamó—. Podemos considerarnos perdidos.

—Hemos de avisar a Kratos.

—Yo se lo diré —dijo Tera, tristemente, dando media vuelta y abandonando la sala.

Cruzó un largo pasillo y desembocó en el antedespacho que fuera del Magno Rector, donde montaban guardia los hombres de Temir. Allí había un ascensor magnético. Entró en él y presionó el botón correspondiente al pasillo de alojamiento de Kratos.

Al salir del ascensor, un guardián se volvió a ella, palideciendo. El hombre estaba armado con una pistola desintegrante. Y Tera llevaba otra arma semejante, enfundada al cinto. Como jefe de la

Legión Femenina iba armada y había aprendido a manejar aquel instrumento pulverizador.

—¿Qué quieres? —preguntó el guardián, trémula la voz.

—¿No sabes quién soy? —replicó Tera, sorprendida.

—Sí, pero Kratos ha dicho que no desea ser molestado por nadie.

—Yo puedo entrar y salir de su alojamiento —dijo Tera, apartando al guardián y pretendiendo pasar ante él.

El hombre se asustó aún más y gritó:

—No puede pasar nadie.

Al decir esto, intentó extraer su arma. Pero la joven, reaccionando valientemente, como si intuyera que aquel hombre era un traidor, se revolvió contra él, golpeándole fuertemente con el filo de la mano en la garganta.

El golpe fue brutal. El individuo se tambaleó, tropezando contra el muro metálico, donde quedó casi sin resuello. Antes de poder reaccionar Tera ya le encañonaba con su propio desintegrante.

—¡Estúpido! —exclamó Tera—. Debería matarte. ¿Quién te ha puesto a vigilar el alojamiento de Kratos que no te ha mencionado mi nombre?

»Camina y presiona el resorte que abre la puerta de la celdilla de Kratos.

—No… No está solo —murmuró el otro, asustado.

—¿Quién está con él?

—Un… hombre —mintió el guardián.

—¡Haz lo que te he dicho! Yo puedo interrumpir cualquier conversación de Kratos.

—¡Es que me matarán si abro! —gimió el guardián, frotándose el cuello.

—Y si no abres te mataré yo. ¡Haz lo que te digo!

Conminado por el arma, el hombre no tuvo más remedio que avanzar delante de Tara y presionar el resorte secreto que abría el alojamiento de Kratos.

Tera se encontraba detrás del guardián cuando la puerta se descorrió.

Dentro del alojamiento, Deomedon-ivi se volvió raudo, al abrirse la puerta. Su arma centelleó en su mano y un rayo mortal alcanzó al guardián, quien emitió un alarido de muerte, crispándose en una agónica contracción.

Kratos, momentáneamente olvidado, actuó también simultáneamente, saltando sobre la espalda de Deomedon-ivi y cubriéndole los ocelos oculares, al mismo tiempo que pisaba su cola sobre el suelo, para impedirle revolverse.

El arma del arura se alzó. Y el rayo desintegrante que surgió del cañón, como un hilo de luz mortal, pasó casi rozando el cuerpo de Tera, situada en el pasillo, para hendir el techo y producir un siniestro chisporroteo.

Un tremendo golpe en la mano desarmó a Deomedon-ivi, cuyos gritos de dolor atronaron la celdilla y el pasillo.

Al quedar desarmado, Kratos le golpeó, eligiendo su punto más vital, que era la columna vertebral. El arura se contrajo, doblándose y cayó.

—¿Qué es esto? —exclamó Tera, acercándose a la entrada, tras haber saltado sobre el cuerpo del guardián muerto.

—Tenía un aliado en la vigilancia —explicó Kratos, agachándose a recoger el arma del arura.

—¡Debía ser ese individuo! —replicó Tera—. No quería dejarme pasar… ¡Pero si es Deomedon-ivi! ¿Qué hacía aquí?

—Vino a proponerme una nueva traición, que no puedo aceptar. Sospecho que debe tratarse de alguna encerrona… Avisa a la guardia por interfono.

Tera obedeció, conectando un aparato que había en una repisa del muro. Pocos instantes después, un pelotón de la guardia de palacio irrumpía en el pasillo, sorprendidos todos al ver allí a un arura.

—Decidle a Temir que averigüe cómo entró este sujeto en el palacio. Sé que sobornó a alguien y puede que haya más cómplices. Que los detenga a todos y los encierre hasta que podamos juzgarle. Y llevaos a este arura y que sea encerrado junto a Kadube-veg.

Los vigilantes obedecieron, llevándose al arura y el cadáver del guardián del pasillo. Kratos cerró entonces la puerta de su alojamiento y abrazó a Tera, diciéndole:

—Gracias por tu oportunísima llegada, cariño. Estoy seguro de que Deomedon-ivi me habría matado.

—¡Dios ha guiado mis pasos! Venía a verte porque una estación de enlace de Calypso ha comunicado la salida de dos millones de naves aruras de una base de Saturno.

—¿Dos millones?

—Sí. Eran una reserva militar arura, dispuesta desde hace años para casos de emergencia. El mariscal Redgron-ken dispone ahora de tres millones de naves de guerra, con un total de seis mil millones de soldados para destruirnos.

—¡Y nosotros no tenemos ni cincuenta! ¡Oh, Tera, este es el fin! ¿Se le ha comunicado a Derek?

—Es mejor que vayas inmediatamente a la sala. El caso merece ser estudiado.

* * *

A la reunión urgente acudieron todos los jefes del Consejo Provincial de Estado.

—Ya no cabe hacerse ilusiones —empezó diciendo Kratos—. El enemigo lanza sobre nosotros tres millones de naves de guerra.

Esta noticia aplastó a todos los reunidos, quienes se miraron con expresiones de miedo.

—¿Cuándo estarán dentro del alcance del fuego?

—Antes de una semana, sino se demoran para reunirse con las salidas de Urano —musitó Kuvero.

—Es posible que nos den un ultimátum —apuntó Breknos, el jefe de la Industria.

—¿Y qué responderemos? —preguntó Temir.

—No hay rendición —dijo Kratos, poniéndose en pie—. Escuchad. Si empuñé el cetro de la rebelión fue por una gran injusticia que se pretendió hacer conmigo y con Tera. Un gran señor rural, Deomedon-ivi, como ya sabéis, hizo matar a Bagdaman-veg y a Behadit-ura.

»Ese Deomedon-ivi ha logrado infiltrarse en mi alojamiento. Pretendía pactar conmigo y le rechacé. Me habría matado si Tera no llega a tiempo de salvarme.

»Pues bien, Deomedon-ivi está ahora encerrado en una celda, junto con su cómplice, Kadube-veg.

—Mis hombres investigan entre la guardia para descubrir cómo pudo introducirse en el palacio —añadió Temir, sombrío.

—No se trata de eso ahora. Deomedon-ivi es un sujeto peligroso. Afirmó, haber entrado en la Tierra clandestinamente y estar reclamado en Urano por delitos cometidos contra sus semejantes. Es

un sádico, criminal y canalla. Pero me habló de una máquina que dispara haces de neutrones, capaz de paralizar la flota arura.

Todos prestaron reconcentrado interés a las palabras de Kratos, quien siguió diciendo:

—No creo una palabra de las dichas por Deomedon-ivi. Os lo digo por si vosotros opináis de distinto modo al mío. No es de fiar. Es traidor y artero, mas puede tener más miedo a sus semejantes que a nosotros.

—¿Y esa máquina? —preguntó Breknos.

—Dice que la tiene oculta en una isla del Pacífico.

—Si esa máquina existe, ¿podríamos derrotar a los aruras? —preguntó Nirik, el jefe del ejército.

—No lo sé. Dice que la podemos examinar. Pero no me fío de él.

—¿No te fías tú y quieres que nos fiemos nosotros? —exclamó Tera.

—Yo puedo estar equivocado. Deomedon-ivi me ha pedido una recompensa en dinero y esclavos y pasaporte para instalarse en Amaltea.

—Podría ser que tuviese esa máquina —objetó alguien.

—¡Sería nuestra salvación! —añadió Okner.

—No podemos confiar en la palabra de ese sujeto —declaró Kratos—. Le conozco bien. Es una serpiente.

—Pero, ¿tiene la máquina, sí o no? —quiso saber Breknos.

—Supongamos que la tiene. ¿Hemos de aceptar su proposición? — inquirió Kratos, mirando alrededor y captando el desconcierto de los reunidos.

—Podemos cerciorarnos de ello —dijo Temir—. Fingimos aceptar sus planes. Si tiene la máquina y es útil, la empleamos. Luego, con no pagarle lo estipulado nadie nos puede criticar.

—Parece mentira que digas eso, Temir —le reprochó Kratos—. Aunque fuese cierto, ¿ibas a darle tú veinte mil esclavos?

—Sí. La vida de toda la Tierra vale más que eso.

—¡La vida de solo uno de nosotros, aunque sea un pobre paria, vale más que la vergüenza!

—Seamos prácticos —insistió Temir—. Perdemos veinte mil hombres. Es preferible eso a la muerte de todos.

—¡No! —gritó Kratos.

—Sí. ¡Piensa en los tres millones de naves de guerra que se

aproximan! —gritó otro.

Todo el consejo parecía acusar ahora a Kratos, quien se detuvo en sus paseos, para golpear la mesa y gritar:

—¡Pero todo puede ser mentira!

—¿Y por qué no damos a Deomedon-ivi esclavos aruras? —insinuó Tera.

Kratos se volvió a ella.

—Eso podría ser la solución, pero yo prefiero ajusticiar a Deomedon-ivi.

—Si ganamos la guerra podremos mostrarnos magnánimos.

—Bien. Salgamos de dudas. Temir, haz traer a Deomedon-ivi. Escuchémosle.

* * *

Deomedon-ivi, amarrado con fibras de acero, compareció ante el Consejo Provincial de Estado. Le daban escolta ocho hombres de la guardia.

Se le sentó en una silla ortopédica y Kratos se situó frente a él.

—Escuché tu proposición, Deomedon-ivi. Mis compañeros del consejo quieren oírla también.

Deomedon-ivi sacudió la cabeza regocijadamente.

—Cien millones de aúreos, veinte mil esclavos, una estación espacial y pasaporte y licencia para instalarme en Amaltea. Ese es mi trato. Pero hay algo más… ¡También quiero a Kratos y Tera! —Ahora, Deomedon-ivi se dirigía a los otros miembros del consejo.

Kratos no se inmutó.

—¿Y la máquina?

—Se encuentra enterrada desde hace años en una isla del Pacífico. Os lo mostraré y podréis examinarla. Naturalmente, deseo garantías especiales de que cumpliréis vuestro compromiso, una vez esté la máquina en vuestro poder.

—¿Qué garantías? —preguntó Kratos, serenamente.

—Las mismas que iba a proponerte en tu alojamiento y que te negaste a escuchar, Kratos. Mi única garantía es un rifle desintegrante en mis manos y todos vosotros frente a mí, desarmados. Si no cumplís vuestra palabra, os podré matar.

Kratos dejó escapar una carcajada, volviéndose a sus compañeros.

—¿Habéis comprendido cuál es su plan? ¡Esa máquina no existe! ¡Nadie ha oído hablar de ella! Pero todos nosotros nos ponemos a su disposición, jugándonos la vida inútilmente. En cuanto tenga el arma nos desintegrará a todos.

—¡Siempre has sido muy listo, Kratos! —contestó Deomedon-ivi —. Pero esta vez te pasas. Ya te he dicho cuáles son mis condiciones. Acéptalas o déjalas. Las naves aruras vendrán y nadie podrá detenerlas, excepto yo.

»Nada perdéis con probar. Si es cierto lo que os digo, os podéis salvar todos. Seréis libres. En el peor de los casos, si os traiciono, solo moriréis vosotros. Tenéis suficientes hombres para destruirme, lanzando una granada de «fisiomio» sobre mí. El rifle desintegrador no me protegerá de eso.

—¿Existe esa máquina? —preguntó Tera, acercándose.

—Existe —afirmó Deomedon-ivi, tajante.

—¿Creéis que vale la pena correr el riesgo? —preguntó Temir.

—Y ¿quién la iría a buscar?

—Se necesita una nave de gran tonelaje. La máquina es enorme. Fue construida por un sabio protegido mío. Yo tenía planes importantes con ella pero vosotros me los habéis echado por tierra con esta revolución.

Deomedon-ivi parecía estar seguro de sí mismo, además de tranquilo. No podía sonreír, dada su morfología facial, pero demostraba su alegría y contento sacudiendo la cabeza a derecha e izquierda, levemente.

—¿Y para qué nos quieres a Tera y a mí? —preguntó Kratos.

—Seréis mis esclavos preferidos. Hasta que me canse de vosotros.

—¡Está loco! —gritó Kratos.

Hubo un dramático silencio en la sala. Nadie osaba despegar los labios, pero en la mente de la mayoría se formaba la idea de aceptar la propuesta y comprobar si existía la máquina de neutrones. Esto significaba armar a Deomedon-ivi y poner la vida de todos en sus manos.

Pero cabía la posibilidad que existiera la máquina y el resto de la humanidad podría salvarse. De lo contrario, las naves aruras se encargarían de destruir a las fuerzas espaciales de Derek y luego aniquilar a los terrícolas.

—Bien, Deomedon-ivi —habló Kratos, al fin—. Creo traducir el sentir de todos mis compañeros. Veamos esa máquina y probémosla.

—Primero, soltadme y entregadme un rifle. Es mi garantía de que cumpliréis vuestra palabra. Y hacéis un buen negocio, porque así sobreviviréis la mayoría.

—¿Aceptamos? —preguntó Kratos, mirando a todos los sentados en torno a la mesa.

—Curiosa situación —dijo Okner—. Esto puede ser una estúpida farsa que nos lleve a todos a la muerte, a manos de este sádico. Y luego, las naves aruras se encargarán del resto.

—¿Y si existe la posibilidad de salvarnos? —gritó Nirik.

—Desde luego, creo que no tenéis derecho a la vida —habló Kratos, secamente—. Os dais por vencidos antes de iniciar la lucha. Este arura es un aventurero sin escrúpulos. Un asesino ambicioso y sin fidelidad a nadie.

»Sé que nos engañará, porque es embustero y falso. Pero vosotros tenéis miedo y os dejáis dominar, aceptando las condiciones que él os impone. Y eso no debe ser… ¡No puede ser! Nosotros formamos el consejo de un nuevo estado libre. Nos hemos unido para luchar por la libertad. ¡Y solo por eso debemos arriesgar la vida hasta el fin, luchando noblemente por nuestros intereses sagrados!

»Si accedemos a sus exigencias, nos doblegamos cobardemente. ¡No somos dignos de regir los destinos de una raza destinada a desaparecer aplastada por el Dominio de los aruras!

»Para esto no merecía la pena sublevarse.

—¡Palabras, Kratos; eso es lo único que sabes hacer! —barbotó Deomedon-ivi—. Pero mientras tú hablas, las naves de mis semejantes continúan aproximándose… ¡Y cuando decidáis algo, puede que sea tarde!

—Creo que debemos probar —musitó un consejero—. Si nos engaña, ¿qué podemos perder que, prácticamente, no hayamos perdido ya?

—¡Te equivocas, Verket! —gritó Kratos—. Aún estamos vivos. Podemos luchar. Aunque quede un solo terrícola sobre este planeta, podemos morir matando. Ese es mi principio de la lucha. Guerra al enemigo, nada de pactos. De ellos solo podemos esperar

traiciones… ¡Y la absurda farsa de Deomedon-ivi es una traición inverosímil!

—¿Estás seguro, sabio y docto Kratos? —ironizó el prisionero.

—Sí, lo estoy. Sé que mientes.

—De acuerdo. Tú dices que miento. Devuélveme a mi celda y seguid esperando. Los aruras llegarán con sus naves de guerra y nos liquidarán a todos. Y la máquina que podría salvar a vuestra raza se quedará en su refugio, donde…

—¡Dame una prueba, solo una, de que esa máquina existe y te prometo, por la salvación de mi alma, que haré todo lo que digas! —rugió Kratos.

—Quiero garantías. Soy yo quien pone aquí las condiciones, y no vosotros.

—¡Apartaos! —gritó Tera en aquel instante, sacando su desintegrador y apuntando al prisionero.

Los ocho guardianes saltaron de costado, para no interponerse en la trayectoria del rayo desintegrante. Kratos, empero, volviéndose, protegió a Deomedon-ivi.

—No, Tera. Esa no es la solución.

—¡Déjame matarle! —gritó ella, descompuesta—. Muerto el perro, desterremos la rabia. ¿Por qué seguir debatiéndonos en esta espantosa duda? ¡Matémosle y no nos preocupemos más! ¡Hemos de aprestarnos para la lucha y él nos lo impide!

Temir y Nirik sujetaron a Tera, logrando arrebatarle el arma.

El más divertido de todos era Deomedon-ivi, cuya raza arura, dominante, destacaba en él angustiosamente para todos los esclavos emancipados.

—No se discuta más —habló entonces Kratos—. Llevaos a este arura y encerradle bien. No pactamos con él.

—¿Por qué? —preguntó Kuvero.

—¡Porque yo soy el jefe de la rebelión y cimento el nuevo estado en la lealtad, la nobleza y la honradez! No mentiremos ni siquiera para salvar nuestras vidas. Sé que esa máquina no existe. Deomedon-ivi quiere salvarse ofreciendo a Atmon-seal las vidas de todos nosotros. Ese es su plan.

»Su máquina no existe ni ha existido nunca. Era un chantaje contra nosotros, esgrimiendo una baza inexistente. Es listo, porque nos ha hecho dudar. Pero la justicia nos guiará siempre.

»Yo asumo toda la responsabilidad. Yo daré las órdenes de luchar hasta morir y si Derek es derrotado en el espacio, nosotros lucharemos aquí hasta nuestra última gota de sangre. Ese sacrificio os exijo a todos los que estén conmigo. Y el que no esté de acuerdo, que se levante y salga de esta sala ahora mismo, renunciando a su cargo.

Había tal energía en las palabras de Kratos que todos se sintieron profundamente conmovidos.

—¡No creedle! ¡La máquina existe! ¡Yo la hice construir! —gritó Deomedon-ivi, con acento aterrado, como si presintiera que se le escapaba la única posibilidad de vivir.

—Pues, a cambio de tu vida, entréganosla —decretó Kratos—. Si no lo haces, serás ejecutado antes de una hora… ¡Lleváoslo y cumplid mi orden!

Los guardianes levantaron al arura y se lo llevaron.

En la sala parecía respirarse entonces libremente.

—Lucharemos hasta el fin, Kratos —dijo Nirik.

—¡Hasta la muerte! — gritaron los demás.

Capítulo VIII

DEREK, el antiguo archivero y ahora general en jefe de las fuerzas rebeldes de la Tierra, pese a su juventud, no era tonto. Sabía con exactitud las fuerzas que contaba y las que, pronto, tendría frente a él.

En la cabina de mando de su nave hiperespacial, rodeado de su estado mayor, estudiaba los planos hemisféricos concéntricos y situaba sus propias señales, diciendo:

—Esta es zona de minas magnéticas. Los aruras las han debido detectar y evitarán cruzarse con ellas, sabiendo que el magnetismo atraerá a las minas a su encuentro. No hemos de suponer que el mariscal Redgron-ken sea más necio que nosotros.

Este comentario hizo sonreír a los oficiales de su Estado Mayor. Derek, reconcentrado, siguió diciendo:

—Tenemos muy pocas naves para oponernos a ellos. Somos unos contra mil y la desventaja es notable. Más no debemos asustarnos por eso, ¿eh? ¿Tenéis miedo?

Todos se apresuraron a denegar con la cabeza.

—Lo único que podemos perder es la vida, general. Y sabes bien que es preferible eso a volver a la esclavitud.

—Muy bien dicho, Bakin. Tú fuiste compañero de esclavitud de Kratos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te aprecia y le aprecias?

—Mucho.

—Pues fíjate en este mapa, Bakin. Te voy a confiar una misión

importante. Deseo situar al enemigo sobre esta zona, a cien mil millas de la Luna. Este es el área ideal para realizar nuestros planes. Atended todos.

»Las computadoras nos indican que dentro de ocho días, las naves aruras se encontrarán aquí, desplegadas en orden de ataque, que puede ser en seis o doce oleadas. Fijaos.

»Si yo dispusiera de tres millones de naves de guerra, para atacar la Tierra, este sería mi trazado orbital. Desplegaría aquí la avanzadilla, rodearía la Luna, que ellos saben está en nuestro poder, la aislaría con diez o doce mil naves, y las restantes seguirían hasta la Tierra.

»Bien. Ese puede ser el plan de Redgron-ken, porque, por mucho que cavilo, no veo otro más práctico. Han de evitar las minas magnéticas orbitales, han de desplegar buen número de naves para interceptarnos.

»Ellos son poderosos y lo saben. Goliath del espacio y yo David.

»¿Tenéis algo que objetar a este plan de Redgron-ken?

—Parece el más sensato, sin duda. Y lógico.

—Está basado en el supuesto de que conocen nuestra fuerza, la han medido y creen destruirnos —continuó diciendo Derek, seguro siempre de sí mismo—. Pero nosotros tenemos la Luna y sus estaciones fijas, que están siendo armadas apresuradamente con potentes lanzagranadas. Ellos intentarán anular ese peligro, sacrificando, si es preciso, mil o dos mil naves.

»Resta, Bakin. Dos mil naves neutralizadas por los lanzagranadas de Regix, Galilei, Verne y Bronk. No está mal, ¿eh? Cuatro lanzagranadas, servidos por doscientos hombres, neutralizando dos mil naves.

»Y ahora esto. Al eludir el campo minado, dejan un sector descubierto que nos favorece. Ellos detectarán minas, muchas minas. Y no se fijarán en las naves suicidas auxiliares. Tenemos doscientas pequeñas naves, provistas de rayos desintegradores que pueden moverse como abejas o mosquitos mordientes. Si en un movimiento súbito esas doscientas pequeñas naves suicidas atacan al enemigo por retaguardia, y ellos están formados en oleadas, el destrozo que les podemos causar, aunque nuestras naves sean destruidas, será impresionante. Pongamos que cada una aniquila diez naves aruras.

»Resta, Bakin. Serían dos mil naves menos y una formación desequilibrada, cuyos huecos no podrán cubrir fácilmente.

—Pero aún quedarán un número importante de naves aruras.

—Y nosotros tendremos todavía nuestras formaciones íntegras. Pero no atacaremos aún, porque nos aniquilarían. Hay otro ardid previo, y que consiste en diez grandes estaciones espaciales, cargadas de «fisiomio» bruto. Es preciso sacrificar allí algunos hombres. Esas naves irán dotadas del número más reducido posible de hombres maduros.

»Esas naves serán trampas mortales. Se dejarán atrapar. Dirán que no saben manejarlas y que se entregan. El enemigo deseará obtener información y las atraerá hacia ellos. Entonces, las haremos detonar por telémetro y el caos será formidable.

»Aún no se habrán repuesto del susto cuando ya estaremos nosotros atacando sobre este punto… ¡Esta es la zona de combate final! —diciendo esto, Derek señaló el área elegida para la lucha—. Nos permitirá escapar fácilmente a los supervivientes hacia la Tierra, a fin de defender el planeta en la batalla decisiva, desde tierra al espacio. El ejército de Nirik tendrá entonces algunas baterías más, de largo alcance.

»Es lógico suponer que, si todos nuestros planes se realizan, los aruras estén ya reducidos a la mitad y sus jefes hayan sucumbido. El desconcierto final puede sernos favorable.

—Es un romántico plan, basado en su mayor parte en una serie de aciertos hipotéticos por nuestra parte —objetó un navegante del espacio—. Y si todo sale a pedir de boca, aún quedarán un millón y medio de naves contra las cincuenta que tenemos nosotros.

—¿Tienes otro plan mejor, Kilker? —preguntó Derek, serio.

—No, no. Lo encuentro demasiado ingenuo.

—No hay otro. Pero puede ser más efectivo de lo que parece si nos acompaña la suerte. El pigmeo es más escurridizo que el gigante. Las naves suicidas pueden distraer más naves enemigas de las calculadas, e incluso, escurriéndose entre la zona de minas, obligar a chocar a las naves aruras contra ellas.

»Esas naves suicidas habrán de actuar independientemente, moviéndose todo lo que puedan. Irán tripuladas por cuatro hombres y se espera de todas ellas que mueran antes de fracasar. Pero si en vez de aniquilar dos mil naves, destruyen cien mil, ¡tanto mejor!

Derek no era exactamente un soñador. Calculaba y pretendía aprovechar todos los recursos de que disponía. A su vez, apremiaba al jefe de industria y al jefe de las fuerzas aéreas para que le enviasen más naves, para el último momento de la lucha.

—Tenemos un programa de diez mil naves ligeras, general Derek —le contestó Breknos, por radio coaxial—. Kuvero está adiestrando a los tripulantes. No estarán muy ejercitados cuando las naves estén dispuestas, pero intentaremos apresurar el envío.

—¡Seis días más! —replicó Derek—. Ni uno más o será tarde. Si dispongo de diez mil naves en el último instante, aún me comprometo a conseguir algo.

—Redoblaremos el esfuerzo, Derek —prometió Breknos.

* * *

En la Tierra, Kratos estaba demasiado preocupado por el problema técnico. Adalmo, desde Tanka, ejercía una presión terrible sobre el pueblo industrial, para hacerles producir más armas, proyectiles y naves.

Había destituido a un ingeniero jefe, por considerarlo lento y obligó a otro a que realizase un esfuerzo máximo. Incluso se estaban montando naves en lugares inadecuados, sin accesorios adicionales. El casco metálico, los motores atómicos y las baterías. No había nada más. Ni cabinas, ni dependencias auxiliares.

Naves exclusivamente para la guerra.

Y Adalmo tenía doce mil quinientas naves casi dispuestas para ser entregadas.

En Tlemac solo podían construir seis mil. Pero eran de mayor tamaño y disponían de más baterías.

El inconveniente de tales construcciones rápidas era notable. Una perforación cualquiera destruía la nave y condenaba a muerte a sus tripulantes, por carecer de medios de seguridad. Los tripulantes ni siquiera llevaban trajes de vacío. Tampoco tenían asientos. Solo llevaban cajas para la munición atómica y escasas raciones de boca.

Pero aquellas naves podían surcar el espacio. Se manejaban fácilmente, aun por manos inexpertas. Disponían de mandos fáciles, de orientación manual y directa, y no era necesario ser un consumado navegante para tripularlas.

El general Derek confiaba en que aquellas últimas naves pudieran decidir la contienda. Y así se lo manifestó a Kratos, a través de placa-visión.

—No aspiro a derrotar a Redgron-ken en toda la línea. Pero sí causarle un fuerte quebranto e inducirle a retirarse momentáneamente. Si logro este respiro, aunque sea de unas semanas, podemos cantar victoria, dado que el ritmo de fabricación de naves espaciales y armas se habrá incrementado.

—Sí, Derek. Eso sería lo ideal. Frenar a los aruras el tiempo suficiente para prepararnos más sólidamente sería nuestra primera victoria, aunque nos costase cara.

—Espero lograrlo, Kratos.

Kratos confiaba en que así ocurriera y a ese fin destinaba todo su esfuerzo. En Tanka se había podido destruir, gracias a las tropas de vigilancia, a un grupo de aruras dedicados al sabotaje industrial. Se les desintegró en una encerrona, y parecía que ya no se producían más sabotajes.

En el Consejo tampoco se hablaba ya de la proposición de Deomedon-ivi, quien, en el último instante, cuando iban a cumplirse las órdenes de Kratos y ser ejecutado, fue prorrogada su ejecución. Kratos quería hacer declarar a Deomedon-ivi legalmente y esgrimir sus palabras contra Atmon-seal.

Por esto aún vivía el funesto arura, encerrado en una estrecha celda, siempre pendiente su vida de un hilo.

Y, de aquel modo, llegó la víspera del temido combate sideral.

En la Tierra, el jefe de información oficial había hecho un despliegue para tener informado a todo el mundo, instalando placas visoras en las plazas públicas y salas de trabajo. Era necesario, según decreto de Kratos, que todos supieran lo que acontecía en el espacio y cuál habría de ser la suerte a correr por todos los terrícolas sublevados.

En la sala del consejo provisional de Estado, donde apenas se retiraba nadie a descansar, atentos todos a su labor, se iluminó la gran placa visera pancromática a color. Naves de información conectarían con las distintas zonas de la lucha, tanto en la Luna como en el espacio, a fin de ir dando noticias del desarrollo de los acontecimientos, tan vitales para todos.

Tera se acercó a donde se encontraba Kratos y le ofreció píldoras

de café.

—Toma —le dijo—, esto te sentará bien.

—No, gracias, Tera. Siéntate a mi lado. Acaban de comunicar que la vanguardia arura se encuentra ya a diez millones de kilómetros de la zona de minas.

—Seis horas, poco más o menos, para que se decida nuestra suerte —comentó Tera—. ¿Estás nervioso?

—Mucho.

—Yo también. Y lo peor es que no podemos hacer nada.

La voz de Breknos exclamó, desde su puesto:

—Benar comunica que está enviando ahora a razón de una nave de combate tripulada cada cinco minutos. Confían que antes de una hora podrán enviar una por minuto.

—¡Hurra por Benar! —exclamaron algunos, con entusiasmo.

—Tanka también envía ocho naves por minuto —añadió el jefe de coordinación, Okner.

Eran noticias que debían alentarles. Aquellas naves tardarían diez horas en llegar a la Luna. Su intervención podría ser importante.

De pronto, en la placa visora, apareció el rostro del general Derek, diciendo:

—He interceptado un ultimátum del mariscal Redgron-ken. Nos ordenan entregarnos sin lucha. Quieren a nuestros jefes y el sometimiento de todos los esclavos. Habrá represalias, naturalmente, pero dice que procurarán ser benignos.

»No he querido escucharles. Nos disponemos para el ataque de acuerdo con los planes trazados y que medidas de seguridad nos impiden revelar. Confiamos en Dios y os rogamos rezos para todos nosotros.

—Contad con ellos, Derek. Diles a tus hombres que la humanidad confía en vosotros. Id a la lucha y venced.

Derek sonrió y su imagen desapareció en la placa.

Los minutos se hicieron horas a partir de entonces. Se cursaron órdenes de combate, secretas y específicas, tales como:

—División «Alkar» en «Lem-2».

—Secciones «Aros-negros» entran en «Duibro» y esperan.

—«Ken a Kin», contacto cero. Retroceso.

—¡Avistados en sección verdiazul! ¡Preparados! ¡Fuego!

Desde la Luna, cuatro potentes lanzagranadas hirieron las retinas de millones de espectadores pendientes de las placas visoras. Surgieron puntos de fuego en la superficie lunar, y bolas ingentes surcaron el infinito, dejando tras sí raudas estelas ígneas.

Era el principio del combate. El enemigo era todavía invisible en el negro espacio. Departamentos especiales de reconocimiento, situados en potentes observatorios astronómicos, computaban y analizaban aquellos potentísimos disparos de «fisiomio» crudo. Y las poderosas explosiones incendiaron la noche espacial, con vivísimos destellos.

Pronto respondieron los rayos dantescos de las naves aruras y el cosmos se vio surcado por líneas rectas, azules y amarillas, de poderoso y formidable alcance, a los que se opusieron «naves-pantallas» que intentaban repeler y rechazar los rayos, devolviéndolos a sus destinatarios, a condición de muchas vidas sacrificadas dentro de las naves que no podían soportar el calor.

Pero los lanzagranadas lunares estaban ya causando incontables bajas en la ingente masa de naves atacantes.

Derek se vio obligado a informar de aquel éxito inicial:

—Les hemos desconcertado. Cuatro baterías lanzagranadas, disparando hacia la gran masa de naves aruras, están causando más bajas de las calculadas. Eso les obligará a intentar, por todos los medios, destruir los lanzagranadas lunares.

—No informes, Derek —ordenó Kratos—. Pueden captar tus mensajes.

—¡Qué más quisiera yo! —replicó el tenko, sonriendo—. Lo hago con toda intención, señalando a Redgron-ken sus objetivos.

Derek no informó más.

Kratos dijo a Tera:

—No hay que darles tregua ni respiro. Es preciso machacar incesantemente, causarles cuantiosas bajas, pulverizar su vanguardia.

También atacaron las naves suicidas, con éxito no menos notable. Con un arrojo y temeridad impresionantes, aquellos pequeños platillos armados con pequeñas baterías desintegrantes, lanzados a vertiginosas velocidades, llegaban a rozar incluso las grandes naves blancas de los aruras, cuyas armas no podían seguir el raudo movimiento de sus pequeños atacantes, muchos de los

cuales se estrellaban contra sus enemigos, provocando explosiones espantosas.

Los minutos fueron pasando. Las formaciones aruras se clarearon y despojos humeantes quedaron orbitando, sin concierto, en aquel espacio inmenso donde la noche era eterna, negra y espantosa.

No todo fueron victorias para Derek, algunos de cuyos planes se veían entorpecidos por la rápida acción evasiva del enemigo. Sin embargo, para destruir las cuatro bases de lanzamiento de granadas atómicas de la Luna, los aruras perdieron más de sesenta mil naves de combate, cifra más que superior a la calculada por Derek.

Las naves de combate terrícolas, ahora incrementadas por más de treinta mil, cubrían una extensa zona, interceptando el avance hacia la Tierra. Las retaguardias estaban siendo entorpecidas también.

Por estos motivos, el mariscal Redgron-ken, todavía seguro de su victoria y de su número aplastante, ordenó, que su segunda oleada, aún intacta, se dedicase al «merodeo» o vuelo individual de desgaste. Eran más de medio millón de naves de guerra, fuertes y bien pertrechadas, tripuladas por dos mil aruras cada una.

Derek ordenó la retirada inmediata, a niveles inferiores.

Esta maniobra pudo ser captada en las placas visoras de la Tierra, gracias a las naves de información, situadas a ciento ochenta mil kilómetros de altura, las cuales tuvieron que replegarse también para no ser arrolladas por lo que parecía, a todas luces, una cobarde retirada.

—Pero, ¿qué hace Derek? —exclamó Tera, en la sala del consejo provisional de Estado—. ¿Es que se ha vuelto loco?

Kratos se mordió los labios. Un informador estaba diciendo:

—¡Es una retirada masiva, pero ordenada! ¡El enemigo lanza sobre nuestras naves una masa impresionante de fuego fatídico, capaz de anularnos por completo!

»Pero el general Derek parece saber lo que está haciendo, porque nuestras naves eluden el fuego, situadas fuera de su alcance, descendiendo vertiginosamente hacia la Tierra en lo que no podemos llamar, en modo alguno, ordenada confusión.

—Kuvero —bramó Kratos, volviéndose al jefe de las fuerzas aéreas—, averigua lo que está haciendo Derek, ¡por el amor de Dios!

Kuvero utilizó su placa visora, llamando insistentemente, sin obtener respuesta.

Se vieron estallar algunas naves terrestres.

—¡Cielo santo! ¡En pocas horas estarán sobre nosotros! —gritó Temir, descompuesto.

De pronto, una llamada alarmó a Kuvero, quien gritó:

—Me informan que la nave almirante del general Derek ha sido destruida.

Kratos se hundió desmayadamente en su asiento, abatiendo la cabeza con desaliento.

—Ya no hay solución —musitó—. Después de esto vendrá el fin.

Kratos y su consejo provisional ignoraban que Derek no informaba precisamente obedeciendo a un plan astuto. Suponía al enemigo a la escucha de sus mensajes. Los de clave, cuando pudieran traducirlos, ya sería tarde para remediar sus efectos. Y los directos y libres, como órdenes secundarias y comunicaciones, se empleaban para engañar.

Y quiso Derek que sus adversarios creyeran en su muerte, al iniciar lo que parecía una retirada cobarde.

La verdad fue que a ciento ochenta mil kilómetros, las naves terrestres, reforzadas por seis mil unidades más, se desviaron, se abrieron hacia las bandas o flancos, y remontaron de nuevo el vuelo, atacando con saña y ferocidad, y pillando a los aruras con sus armas desplazadas, de suerte que, cuando quisieron rectificar las posiciones de sus baterías, más de cien mil naves habían reventado, formando una barrera infranqueable de explosiones, fuego ígneo, destrucción y muerte.

Allí pareció cambiar la suerte de Derek y sus naves de guerra. La oleada de ataque arura, compuesta por medio millón de naves, se vio prácticamente imposibilitada. Trescientas mil naves, encerradas en un anillo de fuego y destrucción, se encontraron en la disyuntiva de retroceder al alto espacio y descender hacia la Tierra.

Algunas optaron por atacar directamente al planeta. Otras se retiraron hacia posiciones cenitales, sin defensa.

Las primeras habrían de ser atacadas por las baterías de tierra. Derek envió un mensaje a tiempo. Las segundas serían diezmadas por una horda fanática de terrícolas, que no tuvieron piedad de los seres que durante tantos siglos los habían tenido esclavizados.

¡Fue la primera, apoteósica y magistral victoria de Derek, aquella noticia, corregida y aumentada por los informadores, a enormes gritos, a fin de causar impresión en los aruras, fue aclamada en la Tierra con saltos y gritos de júbilo!

Kratos, puesto en pie, abrazó a Tera, besándola con entusiasmo.

—¡Viva Derek! —bramaban sus consejeros.

Derek no se dormía en los laureles. El enemigo continuaba siendo fuerte y poderoso. Le habían infringido un revés, obtenido más tiempo para recibir nuevas naves y podían seguir luchando, porque en la Luna los combates eran titánicos, desesperados y alucinantes.

David se escabullía de las manos de Goliath, atacando por todas partes, sacrificándose pequeñas naves contra enormes estaciones espaciales de aprovisionamiento y munición.

El mariscal Redgron-ken pereció en uno de aquellos ataques fantasmas, siendo destruida su nave. Tenía sustituto y este quiso solucionar la situación dando la orden de entrar en lid a las naves de la tercera oleada, o sea la de reserva.

Y allí se desencadenó la hecatombe.

Derek esperaba aquello. Dividió sus fuerzas en dos grupos, una inferior, de cincuenta mil naves, cubriendo el sector superior del planeta, para evitar infiltraciones. Las restantes, unas ochenta mil naves, incluyendo la suya, las lanzó a un ataque frontal que desconcertó a los aruras, muy sensibles a la temeridad y a la muerte.

Fue un factor sicológico. Resistieron las primeras líneas porque no podían retroceder, obstaculizados por la ingente masa que tenían detrás.

Las más retrasadas retrocedieron. Y de nuevo las pequeñas naves suicidas cayeron sobre ellos.

El área de la lucha, visto en las placas, parecía ahora una inmensa bola de fuego incandescente. La muerte arrebataba millones de vidas.

¡Era un dantesco combate espacial!

Capítulo IX

AQUELLA zona del espacio se convirtió en un volcán radioactivo, semejante al estallido del astro Sol en cien millones de fragmentos que partieran, centelleantes, hacia todas las regiones del infinito.

Incluso sobre la Tierra, cayeron fragmentos de naves desintegradas, muchos de los cuales fueron a parar al mar y muy pocos sobre las grandes urbes. La atmósfera contenía y fusionaba aquellos restos pulverizados, pero, aun así, hubieron de lamentarse bajas.

Los aruras fueron prácticamente masacrados por un número infinitamente más pequeño. Y las pocas naves que pudieron escapar, como unas ciento cincuenta mil, llevaban radioactividad suficiente encima como para asegurar una muerte inmediata a todos sus tripulantes.

De las naves de la Tierra solo se libraron seis mil, en idénticas condiciones que el enemigo, a las que se ordenó aterrizar en el gran desierto sahariano, para ser sometidos sus tripulantes a descontaminación, ahora que aún se estaba a tiempo.

Pero un grito unánime sacudió el planeta en todos sentidos:

—¡Victoria!

Habían muerto muchos valientes, entre ellos el general Derek, cuya nave fue desmaterializada por una granada atómica de mil megatones.

Los aruras, empero, no se repondrían fácilmente de la derrota.

El combate había durado poco más de seis horas, desde los

primeros contactos a la hecatombe final, donde ya lanzados a la muerte, los terrícolas se sacrificaron por la libertad de su raza, con una desesperación maravillosa.

¡Y la suerte les acompañó!

De nuevo, David vencía a Goliath en la lucha más titánica y sobrenatural de cuantas había entablado la Humanidad, ahora en defensa de su libertad.

En el palacio de Keel, la alegría era incontenible, aunque Kratos estaba triste y preocupado, pensando en el gran número de hombres muertos. Sus consejeros le rodearon, intentando animarle.

—No, hermanos; este no es momento de alegría, sino de tristeza —les dijo él—. Habremos de señalar este día en la historia como de gran dolor y luto, al mismo tiempo que de regocijo. Yo, sin embargo, prefiero estar triste, pensando en nuestros hermanos muertos.

—¡La muerte de ellos es la libertad de nosotros! —declaró Temir —. Era necesario ese sacrificio.

—Sí, celebrad vosotros la victoria. Yo prefiero pedir comunicación con Urano y entablar negociaciones con Atmon-seal.

La sala del consejo provisional de estado quedó desierta, a excepción de Kratos y Tera. Él se levantó y fue hacia el muro donde estaba la placa visora. Allí, presionó su disco de comunicación y dijo al operador que apareció en la pantalla:

—Deseo comunicación con el Alto Dignatario Arura, Atmon-seal.

—Ignoro si será posible, Kratos. Lo intentaremos, sin embargo.

—¿Qué te propones, Kratos?

—Cumplir mi última misión autócrata —dijo él, tristemente.

—¿Tu última misión? No te entiendo.

—Sí, Tera. Hablaré con Atmon-seal y le exigiré el reconocimiento de nuestra libertad, a menos que desee continuar la guerra hasta el exterminio total de una de ambas razas. Creo que aceptará el armisticio.

«Entonces, me retiraré. Mi misión se habrá cumplido.

—Pero tú no puedes hacer eso, Kratos. Has liberado a la Humanidad y te debes a ella. Te aclamarán, querrán que les gobiernes con justicia desde ahora en adelante.

—Rechazaré ese honor. Que sean ellos los que elijan la forma que desean de gobierno. Yo no quiero asumir la responsabilidad de

las vidas que puedan perderse. Es tarea difícil esta de gobernar. Como delegado del Magno Rector, obedecí por sumisión a mi amo. Muerto él, seguí el impulso de mi conciencia.

«Pero la tragedia de ese cruento combate me ha anonadado.

—Era necesario hacerlo, Kratos. Nadie estaba seguro de la victoria. Ha sido un milagro.

—Sí, un milagro —murmuró Kratos, volviéndose a Tera—. Yo te quiero, Tera. Deseo irme contigo a ese mundo de que te hablé. Seremos muy pocos. Todos jóvenes. No habrá patriarca, ni nadie que mande sobre los demás. Tendremos hijos y los veremos crecer…

La pantalla se iluminó de nuevo, apareciendo uno de los jefes de comunicaciones, quien dijo:

—Hemos establecido contacto con Urano, Kratos. Atmon-seal accede a entrevistarse contigo… ¡Conectamos!

Por segunda vez, Kratos vio la figura de Atmon-seal detrás de su mesa de trabajo, con acento especialmente triste dijo:

—No esperaba tan pronto tu llamada. No puedo felicitarte por tu triunfo, aunque sé que tal ha sido, y no pequeño. ¿Quieres imponer tus condiciones?

—No exactamente, Atmon-seal. Quiero exigir el respeto que merecemos como raza libre

—Aún no lo sois. Nuestro Consejo de la Guerra está reunido. Se puede decidir el envío de otra flota y…

—No te lo aconsejo, Atmon-seal. Cuando intentéis reponeros del desastre de hoy, nosotros ya estaríamos armados hasta los dientes. Sería vuestro exterminio total, cosa que no deseo. Tampoco os exigiré sumisión ni os convertiré en esclavos.

—Habla pues. ¿Pretendes que reconozcamos vuestra independencia?

—Sí, independencia, libertad y justicia. Podremos intercambiar embajadores, para salvaguardar nuestros intereses. Es justo. Los terrícolas serán respetados y emancipados en todos vuestros mundos. Nosotros, a cambio, os devolveremos a todos los aruras prisioneros.

—Me parece justo, Kratos. Sea por mí. El Alto Consejo Arura, sin embargo, tiene la última palabra.

—Convénceles de nuestras intenciones. Si continuamos la guerra

hasta la exterminación, nadie se beneficiará.

—Correcto. Confieso que me alegro. Temí que llevaseis vuestra venganza hasta intentar someternos totalmente. Y eso teme el Consejo de Guerra, que prepara el holocausto total, si fuese preciso.

—No temáis, Atmon-seal. Mi proposición es esa. Acéptala o recházala.

—Será aceptada.

—Te devolveré a todos los aruras, pero sin sus riquezas, excepto a dos de ellos, Kadube-veg y Deomedon-ivi, a los que someteré a mi justicia, junto con un asesino llamado Ihoskeda-nik, al que todavía no hemos logrado identificar.

—Estás en tu derecho, Kratos. Y me siento honrado por tu magnanimidad. Ahora lamento no haberte hecho caso cuando hablamos en la otra ocasión. Estoy seguro de que obrabas juiciosamente.

—Yo, en verdad, Atmon-seal, no estoy muy seguro de haberlo hecho. Ahora sí que lo haré, puedes estar seguro.

* * *

Deomedon-ivi y Kadube-veg fueron ejecutados públicamente, ante el palacio supremo de Keel. Un piquete de la guardia, provistos de nuevos rifles desintegrantes, les segaron las cabezas con una descarga múltiple.

Se les ejecutó como asesinos. Sus cargos fueron expuestos públicamente.

Horas antes de la ejecución, sin embargo, Kratos aceptó visitar a los condenados. A Kadube-veg, que estaba transfigurado por el terror, temiendo ser repudiado por sus antepasados y vivir eternamente en la oscuridad dimensional del vacío, ni siquiera le habló. Despreciativamente, pasó ante él sin escucharle.

Con Deomedon-ivi, que resultó un perfecto cínico, se entretuvo unos minutos.

—¿Va en serio ahora eso de nuestra ejecución, Kratos? —preguntó el arura.

—Tan cierto como que la Tierra ha vuelto a ser libre… ¡Y sin ayuda de tu poderosa máquina!

—Estaba seguro de obligaros a obedecerme —contestó Deomedon-ivi, irónicamente—. Era mi última oportunidad. Pero no

conté con tu entereza, Kratos. Tus consejeros empezaban a flaquear.

—Yo te conocía; ellos, no. ¿Cómo se te ocurrió esa historia de la máquina de neutrones?

—Cuando la gente está desesperada, como lo estabais vosotros, podía aceptar un trato con el mismo diablo. No me era posible seguir huyendo. Y me jugué el todo por el todo. Tarde o temprano tenía que morir. Si ganaba os hubiese matado a todos, entregando vuestro ejército al Consejo Arura a cambio de mi perdón.

—No te ha servido de nada, Deomedon-ivi.

—Bueno, ¿y qué? No me veréis temblar de miedo, puedes estar seguro.

Y, efectivamente, al contrario que su cómplice Kadube-veg, Deomedon-ivi murió sin temblar. De nada le habría servido el haberlo hecho.

Más tarde se supo que su colaborador Ihokeda-nik, mano ejecutora de los crímenes, también había muerto, durante la revuelta de los esclavos.

Lo sucedido ya no tenía importancia. El final había sido feliz, pese a la gran lucha, como se llamó desde entonces a la batalla hiperlunar dirigida por el general Derek, a quien se levantó un enorme mausoleo con atributos de héroe de la Humanidad.

Y luego, cuando se reunió el Consejo Provisional, Kratos presentó su dimisión, diciendo:

—Hermanos, os he devuelto la libertad. Ya no sois esclavos ni nuestros hijos estarán marcados por el estigma. He cumplido un deber y una promesa. Me siento satisfecho y apenado a un tiempo, por la victoria y por la pérdida de tantos buenos soldados.

»Renuncio a dirigir los destinos de la Humanidad, que jamás debe separarse, ni reñir bajo pretexto alguno. La junta de juristas preparará una sólida y respetable constitución, que debéis acatar todos para beneficio general. Es vuestro deber. Ley y justicia, y sea maldito el que no la cumpla.

»Encuentro muy pesado el cetro que un día empuñé para libraros de la esclavitud. No quiero rehuir la responsabilidad de mis actos, no. Solo quiero gozar de esa libertad que yo también he ganado para mí.

»Quiero vivir con mi esposa Tera, ver nacer a mis hijos y verlos crecer. Sueño con un mundo feliz y en paz, sin odios ni venganzas,

sin amos ni usurpadores. Sé que eso no será fácil de conseguir y os habréis de esforzar mucho todos para disimular vuestros propios defectos, que no son pocos.

»Pero podéis conseguirlo. Sé que lo conseguiréis, dado que el primer paso hacia la libertad ha sido fabuloso.

»Elegid bien, con justicia y nobleza, al más adecuado. Nombrad una Asamblea que dicte leyes sabias, puesto que no siendo perfectos ninguno de nosotros, es preciso sentir primero el temor a nosotros mismos y, por encima de todo, el temor a Dios.

»He pensado en una forma fácil para dirigir vuestro destino. En la antigüedad, nuestros antepasados la emplearon y, aunque no les fue muy bien, tampoco les fue del todo mal. Me refiero a que el poder ejecutivo esté en manos de tres personas. A esto se llama un triunvirato. Uno solo es fácil que caiga en idolatrías personales o puede interpretar la justicia según su propio prisma ocular. Tres hombres que tengan el apoyo de la Asamblea pueden ver las cosas mejor que uno solo.

»Después de todo, tres cabezas piensan más que una.

»Yo, irrevocablemente, me retiro. He hecho por vosotros cuanto he podido, porque a la vez lo hacía por mí mismo. Hemos obtenido un triunfo importante y en vuestras manos está el conservar la victoria y la paz.

»Y ahora, hermanos de raza, ¡viva la Humanidad!

El grito que coreó las últimas palabras de Kratos pareció una explosión titánica que conmoviera hasta los cimientos de la Tierra.

No fue preciso convencer a los consejeros. Ya estaban aleccionados. La alocución de Kratos había sido transmitida al exterior. Ahora solo faltaba votar entre los consejeros y nombrar el Triunviro y la Asamblea.

Se propuso a Adalmo, el joven jefe de Tanka, en primer lugar. Era un caudillo nato. El segundo en salir votado fue Nirik, jefe del ejército, y el tercero fue un hombre casi desconocido, de edad avanzada, llamado Kreton y de profesión filósofo. No estaba presente este último. Vivía en el desierto, en Benar, y era una especie de profeta filósofo, quien había anunciado la victoria terrígena.

Luego, Kratos se despidió de sus compañeros y, juntamente con Tera, regresó al palacio que había sido de Behadit-ura.

—Parece que en la Asamblea encuentran dificultades en redactar la nueva constitución —dijo algunos días más tarde Tera a Kratos, mientras comían en la sombreada terraza.

—Era de esperar. Les será más difícil aunar pareceres y ponerse de acuerdo entre sí de lo que fue vencer a los aruras.

—¿Tú lo sabías, amor mío?

—Sí. Por eso me retiré. Y no pienso volver. Breknos me ayuda mucho con la nave «Esperanza».

—¿Cuándo estará terminada?

—Dentro de un año, poco más o menos —contestó Kratos, con un brillo extraño en los ojos—. Será la nave del espacio más perfecta que haya sido construida jamás. En ella podremos ir hasta ese mundo, todavía desconocido, donde se formará otra pequeña Humanidad.

—Las personas que has elegido hasta ahora para acompañarte son enteramente de mi agrado, Kratos.

Él asintió y sonrió:

—Si alguna no lo fuese, no vendría con nosotros. Ese es el principio básico de la hermandad, teniendo en cuenta de que vamos a vivir completamente sin leyes.

—Y ¿será eso posible?

—Tiene que serlo, Tera. El deber está dictado por nuestra conciencia. Y yo quiero que tanto nosotros, como nuestros hijos, sepamos actuar con la conciencia. No te inquietes. Podemos fracasar y caer, a la corta o a la larga en la tiranía o el caciquismo. También es esa una condición del hombre. Pero no me inquieta. Lo más importante, exclusivamente para mí, es haberme comportado dignamente, de acuerdo conmigo mismo.

—Sí, Kratos; tú siempre te has portado con dignidad.

—Los demás han de hacer lo mismo. Así iremos bien.

Kratos guardó silencio y evocó el día en que Tera se presentó ante él, creyendo haber matado a su amo. Muchas cosas habían cambiado desde aquel día, aún no distante. El destino eligió su mano para ejercer el gran cambio, para hacer justicia a Tera, para salvarla.

Kratos sabía confiar en el destino.

—¿Qué ocurre en la Asamblea, Tera? —preguntó, suspirando y cambiando de conversación.

—Están con el presupuesto y no avanzan. Tienen cifras fabulosas para restaurar las urbes y hacerlas dignas. Pero carecen del dinero suficiente para realizarlo.

—Están cayendo en un error enorme. Deberían suprimir el dinero.

—¿Y cómo iban a vivir?

—No lo sé. Podrían pagar con una moneda simbólica, para gratificar el esfuerzo de las gentes. Claro que en ese caso, la moneda simbólica se convertiría en real.

»¿Sabes lo que pienso, Tera?

—¿Qué?

—Nosotros no llegaremos jamás a la perfección, porque somos imperfectos. Deberíamos conformarnos con eso.

Estaban terminando de comer. Tenían alimentos sanos y abundantes. Pero Kratos sabía que en ciertos lugares de Benar, familias enteras perecían de hambre, porque la administración local no podía atenderlos a todos.

—¡Pobre Humanidad! —se lamentó Tera, como si hubiese adivinado los pensamientos de su esposo.

Se levantaron y se dirigieron lentamente hacia el jardín.

Todo estaba desierto. No había esclavos en aquel inmenso palacio. Podían estar horas recorriéndolo todo, sin acabar. Era demasiado grande para ellos.

—Tendremos una casita pequeña, recogida, con lo imprescindible —habló Kratos, como si pensara en voz alta.

—Sí.

—Alcobas para ti, para mí y para los niños. Un estudio de trabajo y…

—¿De trabajo, Kratos? ¿No pensabas dedicarte a cultivar la tierra?

—Cultivaremos todos la tierra, porque de ella nos vendrá el alimento. Pero el espíritu ha de ser cultivado con los libros. Pienso escribir, letra a letra, la triste historia de la Humanidad, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.

»Deseo que esa historia vincule a nuestros hijos, los nacidos en un mundo distinto a este, con sus hermanos de raza. El conocimiento de la Historia permite al hombre, si es inteligente, no caer dos veces en los mismos errores.

»Yo creo que nada cambia en el hombre con el tiempo. Nada de lo esencial, quiero decir. Cambiaremos de costumbres, de alimentos, de ropas. Pero siempre somos igual de primitivos.

«Escribiré esa historia. Diré que en un principio, Dios hizo al hombre y le dio libre albedrío… ¡Y puede que alguna vez, nuestros descendientes logren averiguar por qué!

* * *

Un año más tarde, de un lugar situado al sur de Keel, partía una nave espacial, de construcción fabulosa, en cuyo interior iban cien parejas, cuyas edades oscilaban entre los veinte y los treinta años.

Partieron casi sigilosamente, como si huyeran.

Con ellos llevaban, en los grandes almacenes de la nave, pues tenía espacio suficiente para todo, alimentos y ropas, herramientas y armas, máquinas y esperanzas de formas raras.

Eran seres como Tera y como Kratos.

Iban a la aventura, porque una de las condiciones del hombre ha sido siempre buscar en lo desconocido algo que rompa con los moldes de sus costumbres, siempre cambiantes.

Eran seres que soñaban con algo mejor. Hombres y mujeres jóvenes que pretendían crear una nueva y pequeña Humanidad más allá de las estrellas, donde no existiera aún nada de lo conocido.

La enorme nave espacial se remontó al cielo, surcó el espacio, y se perdió en la distancia. No estaba tripulada por esclavos, sino por hombres y mujeres libres, puesto que todos ellos habían elegido libremente su propio destino. Querían soñar y lo hacían.

Kratos estaba seguro de no haberse equivocado al elegirlos.

Todo lo demás quedaba atrás. El pasado, el tiempo, la raza humana atribulada por nuevos problemas, odios y rencillas.

Siempre habría de ser igual. Nada podía cambiar. Ni siquiera el triunvirato llegaba a ponerse enteramente de acuerdo.

Y en la «Esperanza», abrazados y mirando a las estrellas, Kratos y Tera se decían:

—Al fin, mi vida.

—Al fin, emprendemos el eterno viaje.

—¿Qué ocurrirá?

—No lo sé… No te preocupes. Estamos juntos y nuestro primer hijo no tardará en nacer.

Tera sonrió y bajó tímidamente la cabeza.
—Deseo un niño como tú, Kratos.
—Yo deseo una niña como tú, Tera.
¿Podría ser aquella la primera desavenencia?

FIN